Revista de FOLKLOR Nº 51



Tahonero de Madrid

Pablo Cepeda Calzada

Antonio Diéguez Añel Fernando Gomarín Guirado

Juan M. Haya Martínez

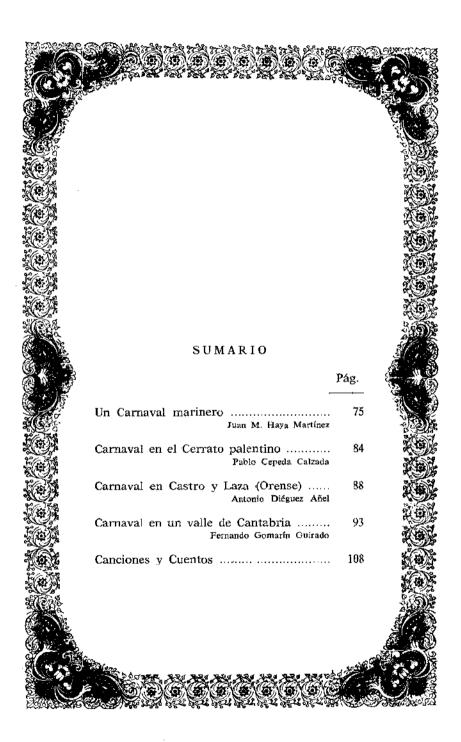
Editorial

Parece que el Carnaval es, entre las fiestas del ciclo anual, la que se muestra más propicia a una recuperación actualizada (al menos en su aspecto festivo) después de un largo período de ocultación. Esta inyección de vitalidad que las Carnestolendas están recibiendo desde distintos estamentos sociales, presenta a nuestro juicio, sin embargo, un par de inconvenientes:

- 1. El Carnaval no puede tener la misma función que hace años, cuando representaba para el ser humano uno de los pocos momentos en que, a lo largo del año, tenía oportunidad de divertirse, de «echar la casa por la ventana»; nuestra sociedad actual, más abierta, más permisiva, ofrece variadas circunstancias en las que poder practicar ese propósito.
- 2. Rara vez el Carnaval era organizado y patrocinado por las Autoridades, cosa que sucede actualmente desde multitud de Ayuntamientos, animados sin duda —queremos suponer— del deseo de rescatar expresiones comunitarias válidas para el presente y el futuro de la sociedad. Queda sin embargo así en entredicho una de las constantes carnavalísticas que era la crítica aguda y mordaz contra la Autoridad; casi todas las murgas tenían sus venablos preparados contra los munícipes, quienes veían ridiculizados sus errores, durante los dias de fiesta o en la procesión del entierro de la sardina.

Corremos el peligro, en este y otros terrenos, de ir perdiendo la naturalidad —no utilizaremos el término espontaneidad porque también seria incorrecto—y convertir el Carnaval en algo excesivamente «normalizado» en un video-juego con el que uno pueda divertirse desde su casa.





EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR. Fuente Dorada, 6-7 - Valladolid, 1985

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díaz.

ASESORA: Centro Castellano de Estudios Folkióricos.

DEPOSITO LEGIAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Tipografia Cristo Rey.-Avda. de Gijón, 17 - Valladolló - 1985.

Juan M. Haya Martinez

«JUICIO EN EL FONDO DEL MAR»

Murga de Carnaval de la Villa de Santoña ¹

Dentro del rico campo que en el mundo del folklore registra la región de Cantabria, sorprende la inmensa laguna con la que el aficionado, entusiasta o investigador se encuentra al querer penetrar en el mundo de los Carnavales. Lo poco que de los cantos y composiciones propias de esta celebración se conoce se lo debemos al interesante estudio realizado por W. A. Christian, investigador norteamericano, centrándose en la parte más alta del valle del Nansa², y a un ameno cuadernillo, que al cuidado de Fernando Gomarín Guirado, trata sobre idéntico tema apoyándose en el valle de Polaciones 3. Junto a ellos, y a través de la prensa local, vienen últimamente publicándose una serie de artículos firmados por Antonio Montesino, que inciden sobre el mismo tema 4.

No obstante, siempre que se realizaron estudios y aportaciones sobre los Carnavales montañeses, han versado sobre la conmemoración de los mismos en los lugares más altos de nuestra región, tales como el ya mencionado valle de Polaciones, Campoo, la cuenca del Nansa e Iguña, existiendo como contrapartida una escasísima documentación y un mínimo conocimiento sobre el desarrollo del Carnaval en las zonas costeras de la región y, por supuesto, en cuanto a sus producciones en el campo de la composición y canto se refiere ⁵.

No queremos nosotros aquí, pues no es nuestra intención ni el espacio nos lo permite, desarrollar un tema tan complejo y que, por otra parte, requiere un análisis detenido, pero sí trataremos de presentar algo que va íntimamente ligado a la celebración de los Carnavales en su vertiente marinera.

Se trata de la «murga» cantada durante los Carnavales santoñeses en el año 1934, la cual trata de un interesante asunto marinero. Pero antes de entrar en el análisis de la misma, aclaremos que en nuestro caso se define con el término «murga» al grupo de hombres formado para recorrer incansablemente las calles y lugares de la población durante los mencionados festejos carnavalescos, nombre que por extensión también se aplica a las composiciones que el mismo grupo canta. Y así como en las zonas

del interior se denomina comparsa a este hecho, en la costa, y concretamente en Santoña, a la comparsa, tanto al grupo como a la composición que éste ejecuta, se le designa «murga». Vista la sinonimia que en el campo de la manifestación poético-popular montañesa existe entre los términos murga y comparsa, la mejor definición dada hasta ahora sobre esta última estimamos que es la aportada por Fernando Gomarín, definición que podemos, con algunas matizaciones y puntualizaciones, hacer extensiva a la primera y a la que en breves pero concisas palabras, define el folklorista montañés diciendo que: «Una comparsa es la



Lámina 1.—«El oso», disfraz muy utilizado en las fiestas de invierno. En ocasiones y en algunos puntos de Cantabria había quien se cubria con pieles auténticas; en la actualidad cosen pieles de ovejas (Vijanera del Valle de Iguña, 1982, según F. Gomarín Guirado).

composición durante las fiestas de carnaval en diversos pueblos de la provincia de Santander; su estructura está compuesta por coplas de cuatro versos octosílabos con asonancia alterna, acompañados de un estribillo» ⁶.

La murga que hemos recogido corresponde al último Carnaval que se pudo celebrar en la villa costera de Santoña. La pérdida (casi total hoy día, pese a los actuales intentos de recuperación) de este tipo de manifestación popular se debe a la acción de una orden gubernativa que prohibió el encubrirse y disfrazarse a los participantes de este tipo de rituales, ya que, como señala Josefina Roma Ríu: «El carnaval era temido tanto desde el punto de vista moral como político» 7. La causa fundamental



Lámina 2.—Personaje del Carnaval marino (Santoña, 1934, según F. Gomarin Guirado).

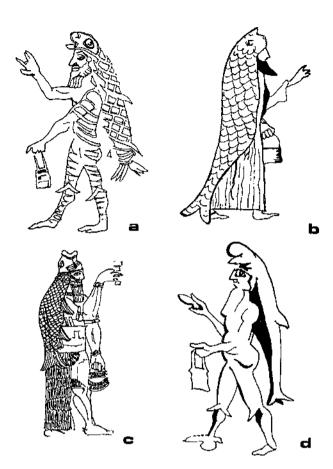


Lámina 3.—Deidades asirias antropoictioformas: (a) y (b): hombres-pez del siglo IX a. C. y II milenio a. C., procedentes de dos ellos, (c): Escultura del dios Oannes. (d). otro hombre-pez del siglo IX a, C., representado en un sello, según F. Gomarín Guirado.

de tal supresión —nos apunta Roma Ríu— se debe «al cariz que habían ido tomando los carnavales desde el siglo XIX, sobre todo en las ciudades, con dos inversiones culturales: primera, la libertad sexual frente a las restricciones durante todo el año, y segundo, una crítica política muy acentuada. Estos dos aspectos de la celebración podían, en una aglomeración ciudadana, llegar a la ruptura del orden establecido y originar una verdadera revolución (...). Así que después de 1939, tanto la Iglesia como el poder intentaron prohibir el carnaval, ya para refrenar las pasiones desatadas en estos días, ya para evitar un tumulto» 8.

La composición presentada fue cantada en 1934 por un grupo de doce pescadores de la citada villa, que bajo el connotador apelativo de «Los parrandistas», estaban encabezados por Domingo Larrañaga Antolín, el popular «Ñe», que contaba sesenta y tres años en 1978

cuando le conocimos, natural de la misma villa pejina e informante nuestro. Al parecer, Domingo Larrañaga también sirvió de intérprete e informante a María del Carmen Galán Bustamante, quien en un artículo titulado «Santoña y su poesía popular», describe al peculiar lugareño como personaje «famoso no sólo por su singular ingenio, humor y simpatía, sino también por su prodigiosa memoria. El «Ñe» es una verdadera mina en canciones antiguas y modernas» 9. El artículo de la profesora Galán, incluido en una revista local lanzada con motivo de las fiestas que la villa marinera dedica a su Patrona la Virgen del Carmen, publica de forma incompleta (cuarenta y nueve versos) y con un sentido bastante heterodoxo, la murga objeto de este trabajo.

La paternidad de la murga que la citada profesora atribuye a otro pescador, conocido por el apodo de «Uñitas», y a quien define como una notabilidad en el género, no es correc-

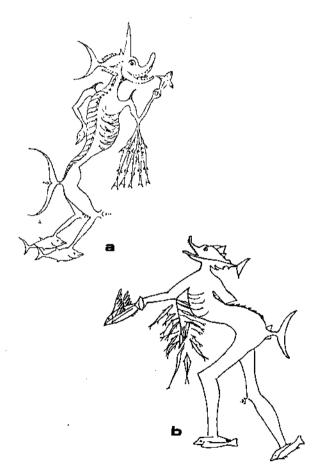


Lámina 4.—Dos representaciones de la deidad marina Tararamanu perteneciente a la mitología melanésica. (a): Según Saunitiku y (b): Según Codrington.

ta, dado que es bastante conocida la noticia en la villa acerca del auténtico compositor de la murga, tratándose, según parece, de un hombre alegre y jovial, que tras su despacho de funcionario del Ayuntamiento local tuvo el feliz acierto de entrehilar esta composición carnavalesca, en la que bajo el motivo de un pleito marinero ocurrido con ocasión del rapto de una sirena por su enamorado el besugo, aparecen narradas en un ágil desfile todas las especies piscícolas que por entonces entraban en el puerto y, por lo tanto, también en el mercado de Santoña 10.

Con ello, la murga cumple perfectamente todas las funciones que Gomarín apuntaba para la comparsa carnavalesca de los valles altos de la región, funciones tales como la de regocijar y alborozar a todas aquellas personas que en ella participaban, con la consiguiente diversión para los espectadores presentes y la que también creemos más importante y principal, aquella de «registrar la vida del pueblo y del valle, mediante el recuento de todo lo que a lo largo del año ha merecido la pena destacar» 11. Qué duda cabe que la actividad vital más importante de un pueblo marinero la constituye el propio mar y la acción ejercida sobre él, siendo sus propios habitantes los verdaderos impulsores de la diligencia humana diaria y, en suma, constituyéndose en lo más importante y en aquello que más se ha de recordar y destacar. Por consiguiente, no nos sorprende que los verdaderos y auténticos protagonistas de la murga presentada sean los peces en sus distintas especies, acaparadores de la atención diaria y razón de ser del pescador.

Es también conocida la intervención indirecta y metafórica de variadas clases de animales en la composición carnavalesca montañesa, erigiéndose de esta manera en el primer factor funcional de la comparsa. Esta participación animalesca venía primordialmente introducida al recubrirse y enmascararse los lugareños participantes en la comparsa con cabezas disecadas y pieles de las distintas partes del cuerpo del animal, y en segundo lugar, al constituirse ellos mismos en motivo fundamental de la composición cantada.

La identidad funcional y constitutiva existente entre el tipo de composición apta para celebrar los carnavales en las zonas marineras y entre la misma composición dedicada exclusivamente al carnaval del valle alto, es de nuevo visible y patente. Si en esta última el motivo esencial lo componen animales propios de zonas altas de la montaña, en aquélla serán los peces, en su mayor número posible de cla-

ses, quienes destacarán como elementos de primera fila. De esta forma el pueblo se expresa encubriendo su personalidad a través del animal que más cerca tiene, con el que le es más inmediato, ocultando esta intervención animalesca el protagonismo humano y unas necesidades insatisfechas. Y si en las zonas altas de la región son elementos formantes de sus manifestaciones y representaciones carnavalescas las distintas y variadas pieles de lobos, asnos, zorros, osos 12, etc., con las que cada nativo se disfrazaba, no hemos de olvidar que la murga, pese a que el hecho no sea muy abundante en Europa, también aportaba su modo especial de vestimenta. Entre los disfraces utilizados por los componentes de las mismas, variados como podemos imaginar, es interesante reseñar las peculiaridades que nos ofrece el caso del portado por nuestro comunicante 13. Su disfraz estaba compuesto por pieles de pescado, en esta ocasión de palometa (conocida en aquella zona como «paparda»), el cual le cubría todo el cuerpo, así como también una pequeña parte del rostro, que aparecía embadurnado de negro. Montesino añade en cuanto al tocado de la cabeza la utilización (además de la habitual palometa) de un «cofre» (ave marina semejaлte a una gaviota), siendo este segundo elemento meramente accidental ¹⁴. Tampoco creemos que el mascarón fuese sugerido a los comparsantes por «una anciana del lugar», frase tópica utilizada por el autor en diferentes contextos.

Todo el atuendo en sí desprendía un desagradable y pestilente olor, el cual no permitía un cerco demasiado estrecho, sino que contrariamente facilitaba y favorecía la huida de cuantos próximos a él estaban.

Este tipo de manifestaciones ya era conocido en otras culturas, como la asiria, por ejemplo, de la que mostramos algunas representaciones iconográficas de dioses cubiertos con grandes pieles de peces (lámina 3) o las existentes en la Polinesia, en donde se han hallado diversos ritos con canoas adornadas con atributos marinos y hechiceros cubiertos de escamas y con cabeza de pescado 15, y que hasta un pasado no muy remoto han desarrollado el culto a divinidades tales como Tataramanu 16, del cual en lámina 4 ofrecemos dos representaciones.

Igualmente destacamos la máscara en forma de pez formada por pequeñas láminas de concha de tortuga, procedente de las islas del Estrecho de Torres (Nueva Guinea). En dicho lugar las máscaras aún tienen su función y se emplean en las danzas funerarias y ritos de

iniciación, para atraer la lluvia o para asegurar una pesca y una cosecha abundantes ¹⁷. Esta máscara se coloca a manera de casco, introduciendo la cabeza a la altura de las aletas laterales, sujetándose mediante una especie de barbuquejo a la mandíbula del portador, quien pone en movimiento los tres cuerpos que componen la máscara simulando el aleteo del pez. Dicha máscara se conserva en el museo de Otago, Dunedín (Nueva Zelandia).

La utilización de peces como elementos constitutivos de mascarones o como componen-

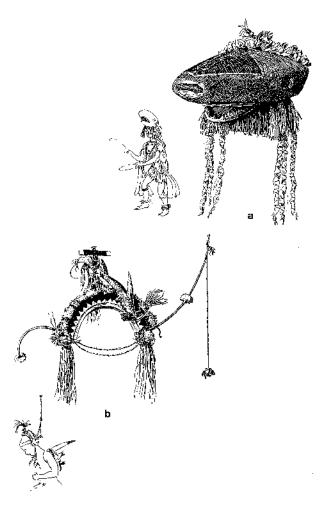


Lámina 5.—BISSAGOS, Isla Formosa. Máscara OMA. Representa la cabeza de un tiburón. De madera, con la mandibula inferior articulada y guarnecida con una quijada de pez. Los ojos son trozos de espejo. Pintura blanca y negra. Comp. 0,300. b: BISSAGOS, Isla Formosa. Adorno de cabeza CATAUNTA, para danza ritual. Arco de madera encimado por una cruz y una porción de crines, pintado de negro y rojo, y guarnecido con borlas de rafia y tiras de palma. Para cada lado sale una varilla ornamentada; y un pequeño tiburón-martillo, de madera, está amarrado en lo alto del arco. Largo del arco: 0,330. (Según Fernando Galhano, 1971).

tes de los diversos adornos colocados sobre la cabeza o adosados en las espaldas y empleados en distintas danzas, es fundamental en la cultura del Archipiélago de las Bissagos (Guinea Bissau). Allí nos encontramos con la máscara Omá, tallada en madera, que representa la cabeza de un tiburón (lámina 5, a) o la espectacular máscara Kaissi, en la Isla de Uno, la cual representa la cabeza de un pez sierra (lámina 6, b). El tiburón-martillo interviene en el adorno de cabeza para danza ritual en la Isla Formosa (lámina 5, b), así como en el adorno N'Tempá utilizado en danzas de la Isla de Uno, acompañándose en este caso de una rémora a cada lado (lámina 8, b). En Isla Formosa des-

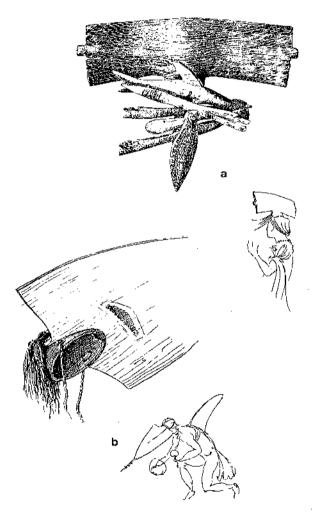


Lámina 6.—a: BISSAGOS, Isla Formosa. Adorno de cabeza, para danza de Cabaró. Tiene suspendidos peces de varios tamaños. Pintura negra y roja. Comp. 0.595. b: BISSAGOS, Isla de Uno. Máscara KAISSI. Representa la cabeza de un pez-sierra. Detalle de la cara ventral (pintada de blanco, con la boca roja). el aspecto de la cara dorsal (está pintada en rojo con pormenores en blanco). Comp. 1,310. (Según Fernando Galhano, 1971)

tacan asimismo la danza del Cabaro, que conlleva un adorno de cabeza con peces de varios tamaños suspendidos (lámina 6, a) o la danza de pez-verga con su adorno colocado sobre las espaldas, que porta dos travesaños, los cuales sirven de apoyo y parecen representar el cuerpo del pez (lámina 7, a).

Mención especial merece el sombrero utilizado para las ceremonias de Cadène en la Isla de Uno. Es una especie de yelmo hecho con piel de pez-chabeu, con dos cuernos colgando y adornado con tres aves de madera y cuya representación mostramos en lámina 7, b 18.

Por otra parte, en el Museo del Hombre (París), en la vitrina dedicada a Micronesia, nos encontramos con una figura que luce una máscara singular, habitual en las islas Carolinas en Diodón. Aquí los hombres se tocaban la cabeza con cascos constituidos por pecesglobo vaciados y que presentan algunas modificaciones sobre el caparazón, tales como ciertos orificios que permitían ver, así como ciertas perforaciones realizadas para atar un cordón a guisa de barbuquejo. El mismo personaje luce un traje de rafia, especie de mono o buzo, tejido y anudado.

También en el Museo del Hombre, registrado con el número 93.45.3, se encuentra una escultura que representa al rey Behanzin bajo el aspecto de un hombre-pez, procedente de Le Royaume de Abomey (Dahomey).

Respecto a la función que tanto las mencionadas pieles de pescado como cualquier parte del mismo vienen desarrollando dentro de los Carnavales marineros en la Península, igualmente tenemos noticia de los celebrados en Arrecife (Lanzarote). En ellos destaca especialmente la comparsa «Los Buches», agrupación de pescadores que portan en las manos grandes vejigas infladas de aire con las que golpean a los espectadores ¹⁹.

Por el asunto que desarrolla, la composición que tan amablemente nos transmitió el popular «Ñe», nos sugiere afinidades con el poema «De la pelea que ovo don Carnal con la Cuaresma», del *Libro de Buen Amor*, al tratar ambos un caso de querella y especialmente porque ambos nos darán la oportunidad de conocer un amplio número de especies marinas con sus respectivos nombres. Anteriormente al poema del Arcipreste de Hita y entre otras muchas alusiones que en la Edad Media aparecen y que no nos podemos detener a mencionar, encontramos la descripción que en el *Libro del* Caballero et del Escudero se nos ofrece del mundo acuático, con su correspondiente vocabulario referente a peces.

Conexiones en motivos, mucho más cercanas a nosotros, podemos hallarlas en el siglo XVIII. En la vecina región de Asturias encontramos manifestaciones poéticas populares que al igual que nuestra murga ofrecen una amplia y detallada enumeración del pescado y marisco que entonces se capturaba en el litoral astur. Así, en el romance «Riqueza de Asturias», escrito por el clérigo Bruno Fernández:

«Acá hay salmón como cuchu en Rivadesella y Pravia, que sangre de puru frescu pe la boca y pe la galla. Hay pescades como borra, xardon a taca retaca, congrios a trompa talega. besugos a farta farta. Meros a tente bonete. aguyes a vati barra, morenes a zurriburri, sardina a vela y dexala, les mielgues a balagares, cazón y xardes sin tasa, les reyes a goxa llena, barbos apala cargada,

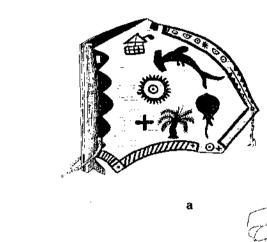
Les llangostes y llocantos, centollos y ñocles, fasta empapizamos con elles, Ora tras de cualquier llastra berberichos y percebes; en cualquier pedreru o playa, morciones y alcarcinos, de vígaros muchas castra, llámpares, ostres y almexes;

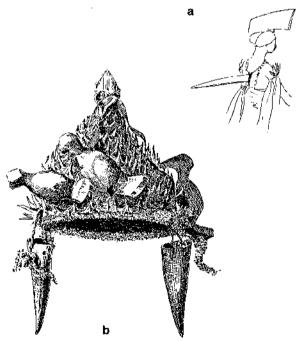
hay llovina de a dos tercios, anguila de más de a vara,

como bárganos llamprees, y truches como una estaca; soyes como la solera de una panera mediana; muchos más pescaus hai, cuntálos ye cuenta llarga ²⁰.

La muestra de poesía popular que nos ocupa parece ser que llevaba como título «Juicio en el fondo del mar». Compuesta en casi su totalidad por versos octosílabos, es de una construcción muy irregular. Algunos de los versos que presentamos son eneasílabos, heptasílabos e incluso de menos pies métricos. Carece, además, del estribillo que suele aparecer en las comparsas. Confrontada nuestra versión con la recogida por la profesora Galán Bustamante, hemos llegado a la conclusión de que estas «irregularidades» que presenta el texto se deben principalmente al efecto del paso del tiempo sobre la memoria de nuestro comunicante, que alteró la medida en algunos de los casos, puesto que en la versión de aquélla son correctos métricamente los versos que en la nuestra no corresponden al tradicional octosílabo.

Finalmente, hemos de reseñar que a pie de página y según van apareciendo los distintos





Ldmina 7.—a: BISSAGOS, Isla Formosa. Adorno de espaldas para danza de pez-verga. Los dos travesaños que sirven de apoyo parecen representar el cuerpo del pez. Comp. 0500. h: BISSAGOS, Isla de Uno. Sombrero ornamentado IASSACA, para las ceremonias de Cadéne. Especie de yelmo hecho de piel de pez-chabeu, con dos cuernos colgando a los lados, y adornado con tres aves de madera. Alt. 0,440. (Según Fernando Galhano, 1971).

tipos de peces, ofrecemos una nomenclatura científica de éstos lo más completa posible, debida a Carlos Fernández Pato, del Laboratorio Oceanográfico de Santander, a quien hacemos constar nuestro profundo agradecimiento.

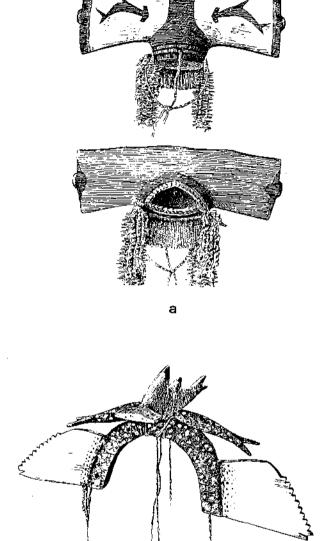


Lámina 8.—a: BISSAGOS, Isla Formosa. Adorno de cabeza YATATA, para danzas rituales. De madera. Representa la cabeza de un tiburón-martillo. Pintura blanca con detalles en negro. El dibujo muestra la pieza vista de frente y por detrás. Longitud: 0,600. b: BISSAGOS, Isla de Uno. Adorno de cabeza N'TEM-PA, para danzas de Canhoca. Para cada lado del arco de madera sale una parte con forma de barbatana. Sobre ella figura de un tiburón-martillo, y una rémora a cada lado. Pintura blanca y negra. Entre las puntas de las barbatanas: 0,530. (Según Fernando Galhano, 1971).

JUICIO EN EL FONDO DEL MAR

Según anuncia una radio en los profundos del mar se ha armado una zarabanda que ha dado mucho que hablar.

Pues dicen que si un besugo que es ahí un pez influyente de una sirena inocente locamente se ha emprendao.

Y el besugo enamorado el equipaje ha liado y a la sirena ha raptao.

Neptuno, dios de los mares, hondamente contrariado el asunto ha encomendado a un verdel que es abogao.

Y mi pleito se ha ganado, todos en el mar salao.

Para sustanciar el pleito el abogado ha dispuesto abrir una información; desde el pez más diminuto hasta el muergo más astuto prestará declaración.

El juicio tendrá lugar y en el hueco de una roca y adornado con marlotas esponjas y algas marinas.

Cuatro sirenas divinas el tribunal formarán y uno por uno los peces ante tan severos jueces y al punto desfilarán.

De la defensa del reo por lo visto se ha encargao un ilustre salvareo que es espinoso y letrao.

Actuará en las deligencias y en plan de procurador un pez de mucha experiencia llamado el pez volador.

Del orden de este local con seriedad extremada se encargará muy formal un enorme pez espada, dos mil trescientas lubinas mandadas por un luciato armadas con carabinas formarán en aquel acto.

Y les están encomendadas las funciones de bedel a dos activos lenguados y un elegante pajel. Los porretanos y barbos de jurado actuarán y al reo con sus descargos absuelto declararán.

Y la sala que estará de fijo, de bote en bote supongamos se hallará de guardia un cancaricote.

Y por orden riguroso desde el delfín hasta el baboso declaración prestarán sapopeces, calamares, jibiones, truchas, palometas, relanzones, luciatos, jibias y sulas, meros, rodaballos, julias, salmonetes, cabrachos, congrios, ballenas, escachos, merluzas, bocartes, sardinas, bonitos, taurones, templaderas, tiburones, porretanos, chaparrudos, panchos, lampreas, picudos,

brecas, babosos, tencas, pintacolas y durdos.

También compadecerán a prestar declaración una caila y un cailón, llampas, abacantos, cangrejos de mar y muergos, mielgas, truchas, langostas, tacotas, carpas y ostras.

Y si por el tribunal se formula alguna queja de manera muy formal lo resolverá la almeja.

Y ahora al público rogamos, ahora al público rogamos que se arme de paciencia, pues muy pronto la sentencia y el tribunal dictará, pues de seguro otra radio de mucho menos consumo a las naciones del mundo el resultado dará.

- (1) Revisión y ampliación del trabajo que con el mismo título apareció en el Anuario del *Instituto de Estudios Marítimos "Juan de la Cosa"*. Institución Cultural de Cantabria, vol. II, Santander, 1978, págs. 219-233.
- (2) CHRISTIAN Jr., W. A.: "Trovas y comparsas del Alto Nansa". Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore "Hoyos Sáinz". Diputación Provincial de Santander. vol. IV, Santander, 1972, pág. 261.
- "Suplemento a trovas y comparsas del Alto Nansa". Publicaciones del Instituto de Etnografia y Folklore "Hoyos Sáinz", vol. VII, Diputación Provincial de Santander, Santander, 1975, págs. 151-168.
- (3) GOMARIN GUIRADO, F.: Una composición poéticopopular de tema erótico y animalesco en el Valle de Polaciones (Santander). Ed. Bedia, Santander, 1977. Conocemos además el hermoso trabajo que este autor prepara sobre el Carnaval en el Valle de Polaciones, cubriendo con el mismo una importante laguna existente sobre la celebración de las fiestas de invierno en las zonas altas de Cantabria.
- (4) MONTESINO, A.: "Los Carnavales en Cantabria". Diario Montañés, 1 de marzo de 1981, págs. VI-VII.
- "Carnavales de Cantabria". La Revista de Santander, n.º 26, Caja de Aborros de Santander y Cantabria, Madrid, 1982, págs. 20-25.
- "Las murgas de Santoña y el juicio del besugo". Alerta, 10 de febrero de 1983, pág. 32. [En lo que se refiere al Carnaval marinero, apenas aportan nada nuevo: son un vivo reflejo de nuestra primera comunicación (1978) sobre el tema. En definitiva, tres títulos distintos, pero de un solo autor verdadero.]
- (5) No obstante lo mencionado en el anterior párrafo, agradecemos profundamente la generosidad de Fernando Gomarín Guirado, pues sin las sugerencias e indicaciones de él recibidas este trabajo hubiera sido poco menos que irrealizable.
- (6) GOMARIN GUIRADO, F.: Op. cit., pág. 9, en nota a pie de página.
- (7) ROMA RIU, Josefina: Aragón y el carnaval. Guara Editorial, Zaragoza, 1980, pág. 13.
 - (8) ROMA RIU, Josefina: Ibidem, pág. 13.

- (9) GALAN BUSTAMANTE, María del Carmen: "Santoña y su poesía popular". Santoña. Artes Gráficas Meléndez. Santander, septiembre 1963, pág. 20.
- (10) Posteriormente Montesino apunta: "Las coplas del "Juicio en el fondo del mar", compuestas por el entonces secretario del Ayuntamiento ("El Litri") y musicadas por el director de la Banda Municipal señor Vinatea". Cfr.: MONTESINO, A. (1983), pág. 32.
 - (11) GOMARIN GUIRADO, F.: Ibidem, pág. 11.
 - (12) Véase la lámina 1 como ilustración de lo dicho.
- (13) Además contamos con el testimonio de Marcos Alonso Setién, Quinito Larrañaga y otros pocos supervivientes que formaron parte de la comparsa que nos ocupa.
- (14) Lo accidental y esporádico de este hecho viene significado por palabras del propio "Ñe": "Una vez perdí el gorro de paparda en Ampuero por culpa del viento. Menos mal que encontré en el muelle de Santoña un "cofre" —ave acuática—sustituyendo con su piel al que había perdido". Cfr.: "La tradición del Carnaval se mantiene viva". Diario Montañés, 26 de enero de 1983, pág. 16.
- (15) LEENHARDT, M.: Notes d'ethiologie Neo-Calendonienne. Institut d'Ethnologie, París, 1930.
- (16) En Dictionnaire des Mythologies et des Religions des Societés Traditionnelles et du monde antique. Vol. K-Z, sous la direction de Yves Bonnefoy. Flammarion. París, 1981. (Ver Tararamanu. Dessin de Sannitiku. En C. E. Fox, Theshold of the Pacific, 1924. Kegan Paul, Ed. (Oceanie), pág. 186.)
- the Pacific, 1924. Kegan Paul, Ed. (Oceanie), pág. 186.) (17) DUFF, Roger S.: "Arte y vida cotidiana en Oceanía". El Correo. Unesco, junio 1975, pág. 19.
- (18) GALHANO, Fernando: Esculturas e objetos decorados de Guine Portuguesa no Museu de Etnología do Ultramar. Junta do Investigações do Ultramar, Centro de Estudios de Antropología Cultural, Lisboa, 1971.
- (19) RAMIREZ DE LUCAS, J.: "El Carnaval de Arrecife (Lanzarote)". ABC. Suplemento semanal. Madrid, 4 de marzo de 1979, págs. 18-20.
- (20) CASARIEGO, J. E.: Asturias y la mar (Breve historia marítima de Asturias). Ayalga Ediciones. Gijón, 1976, págs. 131-132.

Verdel.—Scomber scombrus (L.)

Muergo.-Solen marginatus (L.)

Marlotas,—Exocoetus volitans (L.) y Cephalacanthus volitans (L.)

Esponjas.—Enspongia sp. (L.)

Algas.—Gelidium sp. (Thne.), Cystoseira sp. sp. y Fucus sp. sp. Salvareo.—Trachimus draco (L.)

Volador,-Cypselurus sp. sp. y Cephalacanthus volitans (L.)

Espada.—Xiphias gladius (L.)

Lubinas.--Morone sp. sp.

Luciato.—Conger conger (L.) Jóvenes.

Lenguados.—Solea solea (L.), Bathysolea profundícola (Vaillant) y Arnoglossus laterna (Walb.)

Pagel.—Pagellus sp. sp.

Porretanos.—Symphodus sp. sp. y Crenolabrus suillus (L.)

Barbos.—Barbus sp. sp. y Mullus surmuletus (L.)

Delfin.—Delphinus delphis (L.)

Baboso.---Blennius gattorugina (Pall.)

Sapopeces.—Lophius piscatorius (L.) y Batrachoides didacylus (Scha.)

Calamares.—Sepia sp., sp., Illex sp. sp. y Ommastrephes sp. sp.

Jibiones,---Loligo sp. sp.

Truchas.—Salmo trutta (L.)

Palometas.—Brama raii (Bloch).

Relanzones.—Scomberesox saurus (Walb.)

Jibias.—Sepia sp. sp.

Sulas.—Atherina presbyter (L.) y Ammodytes sp. sp.

Meros.—Serranus guaza (L.): de altura, y Polyprión americanum (Schn.): de roca.

Rodaballos.—Scophthalmus maximus (L.)

Julias.--Coris julis (L.)

Salmoneres.—Mullus surmuletus (L.): de roca, y Mullus barbatus (L.): de fango,

Cabrachos.—Scorpaena sp. sp.

Congriss.--Conger conger (L.) adultos.

Ballenas.—Balaena glacialis (Bonaterre) y Balaenoptera physalus (L.)

Escachos.—Trigla sp. sp.

Merluza.—Merluccius merluccius (L.)

Bocartes.—Engraulis encrasicholus (L.)

Sardinas.—Sardina pilchardus (Walb.)

Bonitos.—Sarda sarda (Bloch) y Germo alalunga (Bonn.)

Taurones.—Carcharinus sp. sp. y Carcharodon carcharias (L.)

Tembladeras.—Torpedo marmorata (Risso.)

Tiburones.—Cetorhinus sp. sp., Somniosus sp. sp., Prionace sp. sp., Carcharinus sp. sp., Carcharodon sp. sp. y Carcharias sp. sp. (Risso.)

Chaparrados.—Gobius niger (L.) y Crenolabrus suillus (L.)

Panchos.-Pagellus cantabricus (Asso).

Lampreas.--Petromyzon marinus (L.)

Picudos.—Rhinobathus rhinobathus (L.)

Brecas.—Pagellus eryturinus (L.)

Tencas.—Tinca tinca (L.)

Pintacolas.--Scylliorhinus sp. sp.

Durdos.—Symphodus sp. sp. y Labrus sp. sp.

Caila.—Prionace glauca (L.) y Isurus sp. sp.

Cailón.—Prionace glauca (L.) y Isurus sp. sp.

Llampas.—Patella sp. sp.

Abacanto.—Homarus vulgaris (L.)

Cangrejos.—Carnicus maenas (L.)

Mielgas.-Squalus sp. sp.

Langostas.-Palinurus vulgaris (L.)

Tacotas.—(Desconocido.)

Carpas.—Cyprinus carpio (L.)

Ostras.—Ostrea edulis (L.): fina, y Gryphaea angulata (L.): por-

Almeja.--Venerupis decussata (L.)

BIBLIOGRAFIA

CARO BAROJA, Julio: El Carnaval. Ed. Taurus, 1979, Madrid. DE FELICE, Ph.: Poisons sacrés, ivresses divines. Albin Michel, 1936, París.

DUFF, Rogers S.: "Arte y vida cotidiana en Oceanía". El Correo. Unesco, junio 1975, págs. 14-21.

GALHANO, Fernando: Esculturas e objetos decorados de Guinê Portuguesa no Museu de Etnologia do Ultramar, Junta de Investigações do Ultramar, Centro de Estudios de Antropología Cultural, Lisboa, 1971.

GOMARIN GUIRADO, F.: Una composición poético-popular de tema erótico y animalesco en el Valle de Polaciones (Santander). Ed. Ayuntamiento de Cabezón de la Sal (Santander), 1977.

Dictionnaire des Mythologies et des Religions des Societés Traditionnelles et du Monde Antique. Vol. K-Z, sous la direction de Yves Bonnefoy. Flammarion, 1981, París.

FOX, C. E.: Theshold of the Pacific. Kegan Paul Ed. (Océanie), 1924, pág. 186.

LOZANO CABO, F.: "Nomenclatura Ictiológica". Bol. Inst. Esp. Oceanogr., n.º 31, 1963.

LOZANO CABO, F.; RODRIGUEZ MARTIN, 0; ARTE GRATACOS, P.: Nomenclaura Oficial Española de los Animales Marinos de Interés Pesquero. Pub. Sub. de la Marina Mercante. Madrid, 1965.

LUPU, François et alii: Océanie le masque au long cours. Ouest-France. Rennes, 1983.

ROMA RIU, Josefina: Aragón y el Carnaval. Guara Editorial. Zaragoza, 1980.



6 972

Pablo Cepeda Calzada

De la exposición que seguidamente se indica sobre las mencionadas fiestas, guarda una imprecisa y borrosa memoria quien esto escribe.

Ante esta imprecisión, y con el fin de concretar más los datos y ceremonias de que se revestían tales ritos, se ha recurrido al sistema de encuesta. Para ello se ha consultado a varias personas de la localidad, de más avanzada edad, quienes concuerdan en casi toda la descripción, excepto en algún pequeño detalle, que se ha refundido o se ha expuesto de la manera más lógica en que presumiblemente se desarrollaría, si la discordancia se refiere al orden ritual de que se trata.

MARTES DE CARNAVAL

Era un día muy señalado en las Fiestas de Carnaval, de Cevico de la Torre.

Los actos específicos se iniciaban mediante la Santa Misa, a las doce de la mañana, que se celebraba con especial solemnidad en la iglesia parroquial de San Martín, que se alza sobre un pequeño cerro, donde en tiempos medievales estuvo la famosa Torre de la Atalaya y el primitivo castillo del siglo XII, hoy desaparecido.

La subida a la puerta de la citada Parroquia ha de realizarse a través de las ochenta escaleras de que consta la ascensión, amplias y delimitadas lateralmente por las construcciones de piedra denominadas «barbacanas», que, en círculo, además, rodean las explanadas o grandes atrios que rodean la parte frontal de la iglesia, desde donde se divisa todo el hermoso panorama del dilatado valle, en dirección hacia Dueñas, y al otro lado del valle, las laderas que suben al páramo; entre ellas, la que conduce a la Virgen del Monte o del Rasedo, Patrona de Cevico de la Torre.

Durante la celebración de la Misa, se producía el rito de «revolear la bandera». Era una bandera especialmente destinada para ese día. La tela de la misma formaba una combinación llamativa de distintos colores, como cuadros sucesivos, cada uno de un color, análoga a la combinación del traje de los «birrias» (uno de los danzantes significativos y simbólicos que intervienen en el día del Corpus Christi, en otra fiesta también muy espectacular). La bandera la solía guardar el Párroco de un año para otro. Estaba adornada con algunas insignias o lazos. La empuñadura del asta de la bandera no era lisa, sino que formaba ondulaciones, como de rosca, para que fuera más fácilmente sujetada. Pues se necesitaba fuerza, habilidad y destreza para el «revoleo», ya que, en caso contrario, se corría el riesgo de que se escapara del brazo de quien la «revoleaba» y lesionar gravemente a alguna persona.

El «revoleo» lo hacía un mozo. Acompañándole y cercano a él, estaban otros cinco o seis mozos, quienes llevaban una insignia llamada «lombarda», que era como un hachero del Ayuntamiento, mientras los demás mozos exhibían otras llamativas cintas.

El acto del «revoleo» se producía después del Evangelio. Se iniciaba cuando el tambor (que manejaba otro mozo) empezaba el repique, y al son del ritmo de ese repique, más o menos lento o rápido, se ajustaban los movimientos del «revoleo». Existían diversas tases del «revoleo»: en la primera de ellas, el mozo ejecutante estaba en pie ante el altar; seguia otra fase de «revoleo» en posición de rodillas, y, después de haber impreso cierta velocidad al acto, al son del tambor, volvían paulatinamente a un compás más lento, pasando la bandera, de vez en cuando, de una mano a la otra. Y en la penúltima de las vueltas de ese «revoleo» dejaba la bandera completamente extendida en el suelo, ante las gradas del altar. A continuación el ejecutante iba a besar la estola del sacerdote. Y tras otro corto «revoleo» se dejaba la bandera extendida, cubriendo gran parte del cuerpo de él. Durante el resto de la celebración eucarística, quedaba la bandera sujeta en un hachero, al pie del altar. Finalmente, a la salida del templo, a la puerta de la iglesia parroquial de San Martín, altozano rodeado de barbacanas, y desde donde se divisa el extenso y magnifico valle, se producia otro revoleo ante todo el pueblo, en un acto de suma espectacularidad.

Como advertimos, estaban perfectamente delimitadas las sucesivas fases del «revoleo», en una ejecución acorde con el desarrollo de los actos litúrgicos y cuyo simbolismo sería muy fecundo investigar, lo que daria origen a sugestivas reflexiones sobre la concatenación entre los actos profanos y los específicamente religiosos. En todo caso, prendía la emoción en todo el pueblo ante las fases tan marcadas, y era como si los sueños más o menos heroicos de la comunidad, amasados durante las calmas de los quehaceres camperos, se sublimaran en un acto de fe, por el engarce de las destrezas con el desarrollo de la liturgia.

Seguidamente partía toda la comitiva, descendiendo desde las puertas de la iglesia parroquial de San Martín por las ochenta escaleras, amplias, hacia las calles del pueblo.

Estaba compuesta la comitiva por el mozo que había «revoleado» la bandera, acompañado de los otros que lucían insignias y habían formado grupo, acompañándole en el interior del templo, así como de otros amigos que también portaban insignias adornadas con cintas, o bien iban con andillas de las que se usan como soporte para llevar las imágenes de los santos en las procesiones. Y ya en casa del protagonista del «revoleo», eran obsequiados con



abundantes «rajas» de chorizos, pastas, etcétera, acompañado del correspondiente vinillo ceviqueño.

MURGA. En la misma mañana del martes de Carnaval salían las cuadrillas de mozos a entonar sus «murgas». Se acompañaban de varios instrumentos, desde los de percusión de hierro hasta otros hechos con huesos, pitos y acordeón. Disfrazados con trajes extravagantes de Carnaval, aunque con cara descubierta, recorrían las calles en grupos de diez o doce.

He aquí algunos ejemplos o letras de «murgas», que nos ha sido posible recoger de personas ya ancianas:

Dicen que van a poner cutachunchu — cutachunchu, una fonda colosal, taratachunchu — taratachunchu—, sin que nos cueste un real.

¡Ay que alegría si fuese cierta la novedad, ay que atracones estos muchachos, se van a dar.

Estos compañeros, siempre, siempre están, somos eminentes en lo musical, y si se fijaran en el Director, lleva más «medallas» todas de honor.

(Las medallas eran cajas de lustre, del que se daba para abrillantar los zapatos.)

Cuando estuvimos en Filipinas, nos regalaron diez mil sardinas, y a última hora en Nueva York, del escándalo que mangamos nos echó el gobernador.

No faltaban tampoco «murgas» picantes o de sentido erótico.

Era costumbre que en ese dia de martes de Carnaval las novias obsequiaran a los novios con rosquillas.

Sobre las cinco de la tarde del martes de Carnaval, alguna de las cuadrillas que por la mañana había dado la «murga» sacaba una carroza. Consistía en un carro, tirado por un caballo, y tanto el carro como el animal iban adornados con profusión de banderines, ramas, serpentinas, etc. Los mozos de la cuadrilla organizadora marchaban montados en la carroza

y, cantando, recorrían todas las calles del pueblo. Se acompañaban de los instrumentos más diversos, tanto de percusión, con hierros, como huesos unidos con una cuerda y sobre los que se accionaban unos pitos, como, además, se solía tener el acompañamiento de un acordeón. (Estos instrumentos a los que nos acabamos de referir eran normalmente utilizados en una fiesta completamente distinta, la del «cantar los Reves», en la cual y en la noche de visperas de esta fiesta litúrgica, se organizaban muy diversas cuadrillas, cuyos componentes se tiznaban para aparecer desfigurados, llevando cada cuadrilla un farol, que portaba un mozo sobre unos palos o hierros ingeniosamente preparados. Recorrian, de puerta en puerta, todas las casas del pueblo, en cada una de cuyas puertas se paraban para cantar villancicos o dedicatorias musicales a los Reyes Magos. Y al día siguiente, por la mañana, hacian el mismo recorrido con igual atuendo, para pedir el «aguinaldo», que empleaban en una merienda.)

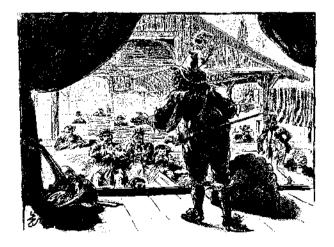
Por la tarde del martes de Carnaval había baile.

Sostienen los entrevistados, naturales de Cevico de la Torre, que el pueblo se destacaba en estos días por la solemnidad y el ritualismo de tales fiestas, comparado con otros de la zona.

Se asegura que durante la República empezó a desaparecer el acto del «revoleo» de la bandera.

MIERCOLES DE CENIZA

Surgian las inevitables cuadrillas de mozos. Algunas de ellas llevaban un burro, cubierto con un traje viejo, al que iban dando «huma-



zas» mediante un caldero, en el que había lumbre y cenizas.

Otras cuadrillas se limitaban a llevar el caldero de ceniza, del que extraían puñados para arrojarlos a cualquier transeúnte. Y aunque éstos procuraban evitarlo, había algunos momentos en los que con el temor del acoso de las cuadrillas, se eludía el salir de casa.

Después de estas «procesiones» de «ceniza» era frecuente que algún grupo de jóvenes se reuniera a comer juntos en alguna casa de ellos.

CORRIDA DE GALLOS

Era otro de los esparcimientos de gran vistosidad.

Se solía celebrar sobre las cinco de la tarde del miércoles de Ceniza.

Por supuesto, la decisión y la organización corría a cargo de los mozos. Se necesitaba la autorización del señor alcalde.

Atados por las patas, los pollos o gallos vivos se colgaban de una cuerda o soga, y por ello, con la cabeza hacia abajo. La soga atravesaba una calle, desde un balcón a otro de ambas aceras, balcones en los que había algún grupo de mozos sujetando la soga.

La entrega de los pollos para el espectáculo la hacía cualquiera que voluntariamente se prestara a ello.

Se preparaban unos caballos ricamente o llamativamente enjaezados y limpios, en los que el jinete hacía gala de su destreza. El juego consistía en que, desde cierta distancia y desde un lugar fijado de antemano, se iniciaba la carrera por el jinete con su montura hasta llegar, veloces, al lugar donde estaban colgados los gallos y, al paso de la galopada, intentar coger y arrancar una cabeza de gallo o pollo. Después de un jinete venía otro y otro, repitiendo los turnos, si no habían conseguido terminar arrancando todas las cabezas de las aves existentes. Era un trofeo conseguir arrancar alguna cabeza. La picaresca consistía en que desde los balcones que estaban los mozos sujetando las sogas de las que colgaban las aves, solían tirar tensando la soga o alzándola, para dar mayor o menor facilidad al mozo o al jinete que pasara, según fuera o no de la cuadrilla adicta o perteneciente al participante, con lo que, a veces, se daba ocasión para protestas de viva voz o bravuconerías, que no llegaban más que a palabras, pues todos los asistentes procuraban calmarlos.

Uno de los lugares donde se celebraba el espectáculo era en la amplia calle, saliendo del pueblo, en dirección a Palencia.

Se aseguraba por los encuestados que esta tradición venía «de toda la vida».

En ocasiones se colgaba un gato, y el juego consistia en pasar, jinete tras jinete, y lograr alcanzarlo con un palo, hasta matarlo.

Mantienen los entrevistados que la corrida de gallos o, al menos, la forma tan espectacular de celebrarla, se daba sólo en Cevico de la Torre y no en muchos pueblos de alrededor, excepto en Villalobón, localidad muy cercana a Palencia.

La costumbre se perdió con el advenimiento de la Guerra Civil, si bien esporádicamente se ha celebrado en algún año posterior.

Por la tarde, entre las cuadrillas intervi-

nientes y cada una por separado, se conmemoraba la fiesta con una opípara merienda.

LA CARRERA DE CINTAS

Se celebraba durante los días del Carnaval, generalmente después del miércoles.

Cada cinta era de un color, y en la parte inferior tenía una argolla. Los participantes iban montados en bicicletas o a pie, y el que al llegar a la cinta colgada de una soga que atravesaba la calle, tenía el acierto de introducir un punzón en la argolla, se quedaba con la cinta como trofeo.

Se dice que, de modo análogo a la corrida de gallos, se practicaba en Cevico de la Torre y desapareció con la Guerra Civil.

Tampoco solía faltar el entierro de la sardina, en cuyo acto se llevaba a un hombre echado sobre una escalera, que portaban otros, al que se le daban «humazas que salían de un caldero, así como se entonaban canciones grotescas sobre el «entierro».



Antonio Diéguez Añel

1.-Un legado de tradiciones.

En la comarca de Laza se conserva un rico folklore y verdaderas maravillas tradicionales, que resurgen cada día con mayor vigor, manteniendo el incalculable patrimonio cultural-popular, entre las que destaca el ENTROIDO o Carnaval.

El Carnaval, como es sabido, consiste en unas fiestas que duran tres días, antes del Miércoles de Ceniza. El estricto sentido del Carnaval está, sin duda, en ritos primitivos de las fiestas transacionales de invierno, en las cuales "la máscara" tenía un sentido totalmente opuesto al que hoy le damos de libertad y evasión. Inicialmente fue instrumento de hechizo y fascinación, ligado a la idea de alejar los espíritus malignos; por ello, es posible que la celebración del Carnaval se remonte a épocas históricas tales como las Saturnales, o las de Dionisio en Grecia, que con la llegada del cristianismo pierden su condición simbólica y mágica.

Muchos de estos ritos sobrevivieron y, aunque transformados o adaptados, llegaron a nosotros sin historia, sin leyenda, pero con hechos de continuidad. Y esto es precisamente lo que poseemos en CASTRO y LAZA: Un legado de tradiciones de profundo valor y un rico patrimonio cultural, que lamentaríamos se destruyera por emular a otros lugares que montan espectáculos comerciales con el fin de atraer turistas.

II .--- ENTROIDO.

En lenguaje popular, el Carnaval de estas tierras se llama ENTROIDO, que en gallego significa mucho más.

El "Entroido" contiene valores tales como: participación masiva, comidas típicas, históricos trajes, poemas, canciones... En esta comarca orensana, "El Entroido" es la diversión soñada y preparada durante todo el año. Hay fiestas populares, pero que no tienen la raigambre de ésta, que resulta única y exclusiva de estas tierras. Otros pueblos que han tratado de imitar este legendario y tradicional Carnaval, no lo han podido lograr.

III.---El alma de un pueblo.

¿Qué tiene que no tengan otros...?

Sencillamente, las raíces, que arrancan de tiempos celtas y romanos, con la peculiaridad de que se han conservado inmutables desde esas épocas. La tradición no se ha roto. Ha ido pasando de abuelos a nietos sin interrupción.

Esta continuidad se pone de manifiesto en el traje del PILIQUEIRO, cuya confección, de exquisita artesanía, es casi un secreto entre las mujeres mayores de estos pueblos, y... en otros valores ocultos y escondidos del "Enfroido". que van emergiendo en estos días entre la gente que participa en la misma. Aquí no hay curiosos. O se entra a participar, o hay que marcharse. No se admiten espectadores. Todo el que se acerca, aunque sea la primera vez, tiene que participar. Nadie puede sentirse forastero: La hermandad es palpable. Es una fiesta en la que toman parte todos: niños, mujeres, ancianos, junto a los mozos y mozas. Hay disfraces y "papeles" para todos: los bailes, las carreras, "las caricias" y las invitaciones o degustaciones "de puerta en puerta". Hay un clima familiar de sencillez y cordialidad. La espontaneidad está siempre a flor de piel, sin miedo al ridículo. Cualquiera puede hacer cualquier cosa, dentro de unos límites que la buena educación sabe respetar.

IV.-EL PILIQUEIRO.

En Castro, la vestimenta del PILIQUEIRO ha sido siempre muy cuidada. El traje de "la Máscara Reina" es muy vistoso y está hecho en su conjunto por los "maestros" de esta obra de artesanía que requiere mucho esmero y horas de trabajo.

Los elementos que lo componen son los siguientes: una careta, chaquetilla, faja, seis cencerros o "chocas", pantalón corto cubierto de encajes de algodón, medias largas de seda y un látigo.

La careta está hecha de madera de "omieiro" cocido; es la parte que cubre la cara y en
la que se apoya una amplia pantalla de hojalata, pintada con pinturas alegóricas (toros, leones, gatos, gaitas gallegas). Esta careta —pan-



CASTRO Entroido Gaiteiros Bica e Piliqueiros

talla en forma de mitra— tiene una elaboración muy cuidada: la madera, las pieles, la pintura y la hojalata, elementos imprescindibles de la misma, son seleccionados por los "peritos" con gran cuidado. Una vez escogidos y comprobada su autenticidad, ponen manos a la obra, que, desde el comienzo hasta el remate, dura más de un año. Hay que tener en cuenta que lo hacen por afición, trabajando solamente los ratos libres, o en esas horas muertas de un largo invierno, "para matar el tiempo", como ellos dicen.

Todo lo referido parece material y, si se quiere, muy prosaico; pero para captar su significado profundo, es necesario hablar y escuchar mucho a todas las personas que intervienen en esta centenaria tarea. Sólo así se puede entender algo de lo que significan y cómo se han hecho tradición viva, pues encierra mucha finura de espíritu, mucha fidelidad a la tierra, mucha observación y una inteligencia poco común entre la gente que se tiene por más ilustrada. Es cierto que en cada una de estas piezas, hechas con tanto cariño y esmero, está metida y es como un trozo del alma de guien la hace. Por eso son únicas, sin valor comercial: porque hay cosas que no tienen precio. Una vez realizadas entran en el campo de la inmortalidad de un pueblo.

La "chaquetilla" es muy similar a la que visten los toreros, tanto por la forma como por la calidad de los galones de oro y plata, que relucen mucho al sol. En los hombros sobresalen dos charreteras con flequillos, y por la espalda va cubierta de un amplio pañuelo de seda; a ser posible, heredado de sus abuelas o tatarabuelas. Obra también de artesanía, es exclusiva de sastres que han heredado este aprendizaje. Son auténticos artistas y verdaderos artistas desconocidos, que no tienen nada que envidiar a otros de más renombre. Sobre todo, en Castro, la saga de los Añeles hace honor a la buena fama de la que siempre la familia ha gozado. Cualquiera que desee conocer estas filigranas, no tiene más que asomarse en una tarde de invierno a este pueblo y contemplar lo que tan minuciosamente van haciendo "las maestras" y el sastre de este precioso rincón del Valle de Laza.

Las "chocas" son de tamaño grande, como las de los toros, pero con sonido mucho más fino, cosa que estima mucho el vecindario. Los mozos y los niños del pueblo suelen recorrer las calles, anunciando ya "El Entroido" desde el día de Navidad. Las "chocas" son de fabricación castellana; en concreto, son obra de un artesano de Mora (Toledo), a donde van a buscarlas con mucha antelación. Esta vinculación con Castilla también es muy remota.

"El pantalón" auténtico está confeccionado con tela de lino, al que se unen unas franjas de algodón de color verde y rojo mezclados.

Y, por último, "El Látigo" que portan los PI-LIQUE!ROS no es para pegar, como algunos forasteros temen, sino más bien es simbólico, a manera de bastón de mando que solamente emplean para saludar y para marcar el ritmo del paso, que tiene también su encanto, pues no es sólo un correr sin ton ni son.

V.—Posible significado mitológico.

Sería tarea ardua y difícil sondear hasta lograr conocer las raíces del rico folk del Valle de Laza. Carecemos de documentos, y lo único que tenemos es fruto de una transmisión oral de generación en generación. Por cuantos actos se celebran en Castro y Laza desde fecha inmemorial, parece derivar de una línea esencialmente mitológica, ritual y ceremoniosa, que, sin duda, fue observada con mayor fidelidad y celo por nuestros antepasados, de quienes así lo hemos recibido, para transmitirlo a las generaciones futuras con la misma pureza sin alteración ni adulteración.

El domingo de Carnaval, en Castro y Laza, con el día comienzan a saltar a la calle las primeras máscaras. "Máscaras no de evasión, sino tradicionales, que durante todo el ENTROIDO cumplen una función, quardan unas conductas, conservando unas leyes a las que nadie se permite ni discutir, ni alterar ni cambiar. Esta es la "máscara del PILIQUEIRO", a la que ya Risco, Baroja, Roig y otros han dedicado su atención. El comportamiento del PILIQUEIRO obedece a tácitas leyes de un ritual y sus atributos mítico-religiosos de simbolismo y origen pagano les dan una concepción de personajes celadores del orden. Su vestimenta nos liega hoy de la manera que actualmente la apreciamos, fruto de renovadas culturas y aportaciones propias de las sucesivas modas de las diferentes épocas. No obstante, sobre su mitra, en la que se dibuja siempre un animal, y su parte posterior, recubierta siempre de piel de gato, nos lleva posiblemente al TOTEM. Su dominio, su autoridad e intangibilidad, corriendo y saltando constantemente, entrando y saltendo de las casas, nos permite recordar las fiestas paganas, como las del "hombre-ciervo", prohibidas por el obispo S. Panciano en el siglo V.

VI.—OTROS PERSONAJES.

Junto con estos personajes del Carnaval tenemos otros de no menos valor y, por supuesto, complemento de este simbolismo pagano, como son: LA MORENA, LAS HORMIGAS, LA FA-RANDULA y EL TESTAMENTO.

"La Morena", que sale el lunes por la tarde, no es más que una cabeza de vaca toscamente imitada, y aunque se presenta como elemento de jolgorio carnavalesco, tiene, desde el primitivismo que la acompaña, vinculaciones paganas, reminiscencias y orígenes de ídolos con naturaleza de dioses. Tal vez se refiera a la "madre-tierra" y su simbolismo sea la fecundidad

Esta va siempre acompañada de LAS HOR-MIGAS, e incuestionablemente ha de ir de Cimadevila al barrio situado en las estribaciones del monte. Su aparición va precedida de una gran procesión de ramos de toxos, cobellieros, etcétera, la cual preside un individuo (disfrazado, naturalmente) montado en un burro. Cuando LA MORENA aparece en la plaza, se produce el momento de mayor desconcierto y desorden, intentando todo el mundo correr de un lado para otro, sembrándose la confusión y logrando, por tanto, la integración total: nativos, forasteros, espectadores y actores. Es precisamente uno de los momentos del logro del verdadero sentido del Carnaval: la trasgresión de todos los elementos sociales. Pero ¿qué significado comportan LAS HORMIGAS? ¿La generosidad de los dioses para con el pueblo? ¿La abundancia de las cosechas que empiezan a brotar? ¿Una especie ecológica digna de imitar, por su reproducción, organización, laboriosidad y comportamiento social?

EL TESTAMENTO. Nuevamente se celebra el desfile del ENTROIDO el martes de Carnaval, en el que pasea por todo el pueblo un individuo caracterizado, al que acompañan todos los componentes del Carnaval, así como carros engalanados propios del país. Por eso, al final, se le dice EL TESTAMENTO, y consiste en un recital en verso, en el que sólo cuenta la rima y no la métrica, basado en todos los acontecimientos

del pueblo durante todo el año. Fundamentalmente, trata de forma sarcástica los asuntos públicos del pueblo, pequeños sucesos de ámbito local, y también aprovecha para meterse con las autoridades municipales y eclesiásticas.

VII.-ELEMENTOS ESENCIALES DE LA FIESTA.

Elemento 1.º "El desfile de los PILIQUEI-ROS Y COMPARSA, a la salida de Misa, visitando a los vecinos puerta en puerta, para saludarles cordialmente. Estos corresponden con una invitación generosa de la BICA y licor." Las Comparsas suelen ser muy originales, y encierran un sentido humorístico y picaresco.

2.º elemento esencial, que no puede faltar y que ambienta los días de ENTROIDO es "LA GAITA GALLEGA" acompañada de tambor y piatillos, que a modo de charanga, no dejan de sonar de día y de noche durante los tres días.

Elemento 3.º La "cosa culinaria" con los alimentos típicos para estas fiestas, se compone de: CACHUCHA (cabrito) y sobre todo BICA, un bizcocho de primera calidad, muy abundante y sabroso con el que se suele invitar a todos los visitantes.

VIII.-ORIGENES: DOS TEORIAS.

1.ª Teoría. Mucho se ha especulado con el origen del carnaval de Castro y Laza, incluso se ha generalizado y divulgado la teoría de que sus PILIQUEIROS provienen del castillo de Monterrey; que eran cobradores de impuestos del antiquo feudo (según difundió el Sr. Taboada

FEBREIRO 12 - 13 - 14 - 15

O ENTROIDO ENXEBRE

CASTRO

(Onde neceu e se fai «O PILIQUEIRO»)

- 1.—RUADA dos piliqueiros-maña e serán.
- 2.—CHOQUEIRADA do Pobo-mozos e vellos.
- 3.—GAITEIRADA da Terra-fol e pandeiro, todo o día.
- 4.—FOLIADA o seran con lumereiros.
- 5.—Qutras Novas:
 - a morena
 - os maragatos e felos, carapuchos e carantoñas
 - --- sermón do Labrego

Nota: Convídase a toda a xente da pé, a proba da BICA «o pan do entroido».

Chevite en un fascículo). Se me antoja imaginaria y gratuita esta versión al suponer que habla de relatos o cuentos populares y jamás de cosas concretas y trascendentales.

A mi juicio "O ENTROIDO DO CASTRO" V LAZA tiene su origen en algo mucho más importante y antiguo. Cabe la posibilidad de que durante la época feudal y aun antes de ésta, fueran los PILIQUEIROS encuadrados en una función cívica determinada, apropiándose de esta máscara, para fines concretos, como podían ser los cobradores de impuestos, o guardias de seguridad, según los casos. Lo que me parece absurdo y difícil de entender es, que estos individuos fueran utilizados de esta manera y llegaran a nuestros tiempos como sujeto de respeto, y lo que sería más difícil, como objeto de cariño por parte de los moradores de esta región. Y esto es en esencia lo que me interesa resaltar de los PILIQUEIROS de Castro y Laza.

Cabe pensar, que estos personajes hubieran integrado en otro tiempo algo tan sustancial e importante en la vida del feudo de Monterrey, se habrían conservado de una manera o de otra, tipificados, en los diversos pueblos que en su día pertenecieron directamente al castillo de Monterrey. No obstante, cabe pensar que si en la mayoría de ellos, como en las comarcas de Vilardevos, Ríos, Oimbra, etc., hubieran existido, desaparecieron por completo, pues no queda vestigio alguno de ellos. Incluso en Verín, pese a querer mantener viva esta tradición, a través de los empeños de unos y otros, prácticamente resulta nula su actividad, tanto como



máscara de carnaval como de tradición folklórica popular. Cada vez que fue necesaria la intervención de esta máscara como elemento folk, se han visto, los de Verín, necesitados de recurrir a los personajes de Castro y Laza, expertos en el modo de exhibir este vistoso y precioso traje.

Viene a cuento este pequeño preámbulo no con ánimo de desprestigiar a Verin, sino con el fin de establecer cierta claridad sobre el personaje del PILIQUEIRO. Es muy posible que fuese un legajo de auténtico valor celta, así como todo el contenido de los actos del famoso ENTROIDO de Castro y Laza.

La primera teoría que se inclina por el origen CELTA, que aquí se ofrece sintetizada, es el resultado de una serie de pequeñas investigaciones, llevadas a cabo con mucha paciencia y dedicación por un vecino de estas tierras: Alfonso Fernández Novoa, actual alcalde del Municipio, quien ha trabajado y trabaja incansablemente por conservar y descubrir la autenticidad y peculiaridad del ENTROIDO DEL VALLE DE LAZA.

Posiblemente el nombre de Laza derive en su origen etimológico de una tribu celta llamada LACIENSES, que debió de asentarse a las orillas del río Támega. Puede que hayamos heredado de aquellos cettas de antaño sus costumbres e indumentaria, pues, como cita Cayo Julio César: "Los zapatos de madera" atraian la curiosidad de los soldados romanos, y la alimentación céltica también les causaba profunda extrañeza, al estar compuesta por caza, miel v productos del cerdo. De acuerdo con la anterior cita, es costumbre durante los carnavales, en esta comarca, ser materia básica de alimentación todo lo que produce el cerdo, en especial la cabeza (cachucha) y los lacones. Y no hace muchos años se cocía en cada casa del pueblo la cabeza, con chorizos, lacones, etc., que servían de alimento durante todos los carnavales a toda la familia v a cualquier forastero que se dignara entrar en su casa.

No obstante, para los PILIQUEIROS, que gozaban y gozan de amplias libertades y tienen el monopolio de la representatividad durante los carnavales, se les guarda mayor consideración y se les elabora una BICA especial, que se les brinda como obsequio y de la que disponen a su antojo, también en cada casa, amén de los demás platos típicos de cada momento y ocasión.

Pero existe una pequeña diferencia entre la gente corriente y el PILIQUEIRO. A éste se le profesa una admiración y un cariño que raya en la idolatría, siendo objeto de grandes cumplidos y agasajos. Y si en cualquier caso no entrara en la casa de alguien, éste se sentiría discriminado, ofendido y marginado de la fiesta.

Esto nos hace pensar que muy fácilmente pudiera ser una herencia druídica, o algo con el mismo sentido ideológico-religioso. Pero lo que jamás se nos ocurriría pensar es que el pueblo apreciara tanto a estos míticos personajes, si tuvieran su origen en cobradores de impuestos y recaudadores de tributos, que les daría un carácter de verdugos del pueblo, quien respondería con aversión y nunca con muestras de simpatía y afecto hacia ellos.

Así, se puede presumir una pretérita ascendencia druídica, recordando los famosos rituales del muérdago que ellos celebraban el día del Año Nuevo. Cuando se acercaba la fecha del advenimiento, el Gran Sacerdote ordenaba a los demás sacerdotes que corrieran todas las comarcas transmitiendo al pueblo en general tan fausto acontecimiento. Desde aquel momento, los acólitos y sacerdotes iniciaban correrías por toda la comarca, llevando la noticia al pueblo en general e invitándole a participar en los solemnes actos del Muérdago. En Laza, no hace todavía muchos años, el día primero del año, y justo cuando empezaba, se hacía un gran desfile de charangas y comparsas, con teas y máscaras que recorrían todas las calles del pueblo de un lado a otro, hasta el alba, y éste era el momento de partida, que los mozos, cada noche y hasta la llegada del ENTROIDO, iniciaran correrías habituales con los chocos colgados del cinto.

Llegado el gran día, se atavían con el traje ritual y típico, que es el del PILIQUEIRO, momento en que correr con chocos y sin traje resultaría sacrilego.

Segunda teoría: Posible origen romano.

Pueden observarse otras constataciones, con base histórica, que confirman estas afirmaciones.

Junto al pueblo de Castro todavía se conservan vestigios de un campamento romano en una pequeña colina denominada "castro", que custodia al pueblo y está enclavada en medio del valle. Desde este lugar pueden disfrutarse las vistas más maravillosas del valle y de toda la comarca. Por otra parte, es casi evidente el entronque de estas "máscaras" con el mundo romano. Creo que a través de sus trajes típicos fácilmente puede descubrirse su similitud. Me refiero en concreto al traje de PILIQUEIRO: el pantalón corto, el látigo, la careta..., muestran reminiscencias de los trajes que usaban los soldados romanos. Ultimamente algún estudioso de la Universidad Complutense de Madrid ha pasado varios años tratando de descifrar la antropología que encierran estos carnavales, pero los aspectos históricos apenas los han tocado.

Hechos comprobados que avalan la tesis de que el ENTROIDO nació en Castro, son los siguientes:

Aunque la capital del municipio hava sido siempre Laza y numéricamente sea más importante, la parroquia de Castro, formada por varios pueblos vecinos, según consta en sus archivos, era en tiempos pasados como la gran abadía de toda la comarca. De ella dependían ias demás parroquias, incluida Laza. La casa rectoral es un auténtico monasterio con muchas dependencias, que explican el servicio que prestaban (actualmente, prácticamente vacías, pero bien conservadas). A todo esto hay que añadir que el mejor monumento de todo el valle de Laza y Verín es el templo parroquial de Castro, cuyo retablo sólo tiene parangón con la catedral de Orense. Bajo la influencia de esta abadía nacieron y se promovieron las mejores obras públicas con siglos de existencia: calzadas con piedra de granito (¿reforma de alguna antigua romana?), hornos y molinos de estilo popular, lavaderos (centros emisores de otros tiempos), acequias construídas a goipe de martillo y la artesanía de la madera tallada en puertas de fina madera, cornisas, arcas, camas y escaños de castaño.

¿Quién hacía todo esto? Los braceros y artesanos que económicamente dependían del abad, amo y señor de todas las tierras y el único con conocimientos de letras.

FINAL

En general, hay que afirmar que el ENTROl-DO es una fiesta muy peculiar de estos pueblos, que refleja más que ninguna su alma popular y el sentimiento colectivo del mismo. Esto es algo fundamental para poder entender el significado profundo que encierra todo este folklore y que se va transmitiendo desde tiempos lejanos generación tras generación. Podrán celebrarse otros carnavales, si se quiere más bonitos o más modernos, pero de lo que no cabe duda es que ENTROIDO no hay más que uno: el de Castro y Laza.

EL CARNAVAL EN UN VALLE DE LA CANTABRIA SUROCCIDENTAL

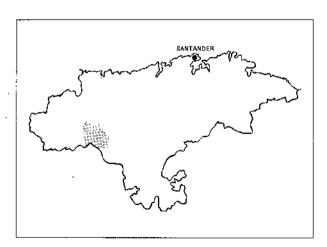
Fernando Gomarín Guirado

Ι

El propósito de estas notas previas es muy limitado y sólo de carácter aproximativo. Se trata de presentar someramente la realidad geográfica e histórica del valle de Polaciones, tarea para la que resulta imprescindible la alianza orgánica entre etnología e historia. «La función etnográfica es en primer lugar una función de registro sin la cual una gran parte de los datos culturales contemporáneos (sobre todo rurales) desaparecerían para siempre (con el consiguiente empobrecimiento de los servicios indispensables para la reflexión teórica actual y futura). Apoyada por la historia (y alertada por ésta contra las falsas evidencias que pueden resultar de investigaciones realizadas sin la ayuda del estudio histórico), la etnología viene a proporcionarle datos complementarios, fuentes y preguntas. Así pueden reconstruirse con mayor precisión y detalle, tanto los procesos de formación, como las fases de ruptura y de consolidación relativa de las estructuras de las sociedades humanas en los diferentes niveles de la realidad social» (1).

Más que el resultado de una seria y profunda investigación, las sugerencias que aquí se esbozan responden a una reflexión personal; las afirmaciones, pues, poseen un carácter aproximativo y jamás deben ser tomadas desde una perspectiva verdaderamente científica.

Por otra parte, somos conscientes de la excesiva



 Mapa de la región de Cantabria y la localización del válle de Polaciones.

localización geográfica y no dudamos que el valle de Polaciones se integra en realidades más amplias de las que forma parte y en las que adquiere sentido. El «localismo» resulta más evidente y expresivo desde el punto de vista del análisis histórico; Polaciones tiene su propio ritmo evolutivo, sus estructuras presentan matices peculiares, pero únicamente en formaciones más complejas, regionales y nacionales, logra su expresión.

Las sociedades humanas están marcadas por su capacidad productiva, capacidad que establece unos límites a su actuación, determinando el género de organización que adoptan e influyendo en sus concepciones del mundo (2). Los hombres de Polaciones han comprado a lo largo de los tiempos cara su subsistencia; la realidad geográfica, los medios técnicos, siempre rudimentarios, no han facilitado la tarea; las estructuras sociales, sus relaciones de producción y muy especialmente el sistema de propiedad y de apropiación frenaron continuamente el desarrollo, ya demasiado difícil por el medio natural, las posibilidades de subsistencia.

El idílico edén perediano, convivencia y armonía social, era sólo una ficción literaria que trataba de simular una realidad más honda y largamente vivida de tensiones sociales fingidas en el silencio por la emigración (3).

Aún hoy encontramos trabajos que desembocan en conclusiones parejas; la ausencia de una metodología y el interés de hallar lo que se pretende y no lo que es, olvidando o sigilando el marco real de la Montaña, conducen a tales situaciones.

Hemos de partir de una aseveración fundamental: el condicionamiento espacial es esencial. «El espacio, la coordenada espacio, mantiene una indudable tiranía, por las limitaciones que impone (4)». La afirmación de Ortega para las Montañas de Burgos es válida también para nuestro valle y se podría ampliar a gran parte de la región montañesa. No es nuestro propósito desentrañar la compleja problemática en este terreno. Simplemente destacar su clima ingrato y la escabrosidad del terreno que obliga a una fuerte limitación y funcionalidad del terrazgo, quedando relegado al fondo de los valles y al sector cóncavo de las laderas; la parte superior de las vertientes y los interfluvios de suclos lavados, accidentados por la erosión son predominio del bosque y matorral (5).

Se trata de una zona geográficamente pobre, lo que nos explicará que durante siglos, y entramos en la coordenada tiempo, su economía descansase en una agricultura de subsistencias, con unos ingresos en metálico obtenidos fundamentalmente de actividades primarias y secundarias como la cría de bueyes de labor o la elaboración de la madera que se extraía del monte (6).

El equilibrio población-recursos se rompía fácilmente porque descansaba sobre bases demasiado endebles. Puede apreciarse a través de múltiples y variados documentos. Esta crisis, amenaza constante, se enraíza hasta bien entrado el XX. Realmente puede afirmarse que desde el siglo XVIII toda aquella zona entra en una depresión de la que ya no saldrá; y ello supone el desenvolvimiento lógico de unas estructuras condenadas desde hace mucho tiempo.

El Catastro de La Ensenada nos ofrece una población, en 1753, compuesta por 247 vecinos; aplicándole el coeficiente 4.50 se alcanzará la suma de 1.111 habitantes (7) en 1849, Madoz señala 172 vecinos y 876 habitantes (8). Es evidente que la precisión de las cifras es dudosa en ambos casos; sin embargo, y aunque aceptemos un amplio margen de error, puede ser muy expresiva. Entre ambos datos media casi un siglo, demasiado tiempo para nuestras pretensiones, máxime cuando se está gestando la transición del Antiguo Régimen a la Sociedad de clases. Sin embargo y desde nuestro prisma, podemos cerciorar que hasta la época de la segunda cifra pocas cosas habían cambiado en el valle; únicamente aspectos superestructurales.

Las condiciones de trabajo y la vida en general se desenvolvían en circunstancias duras. Las tierras sembradas son malas, «centenaliegas» y muy pocas son las que no han de descansar algún año, alternando con el lino; la mayoría sólo admiten una cosecha de centeno y nabos para descansar al año siguiente y gran número de ellas obligatoriamente tendrán que seguir el ritmo de año y vez; el centeno constituiría el pan de la población.

Tampoco los prados, aunque superiores en extensión, eran de gran calidad; eso sí, servían para sustentar una importante cabaña ganadera sin cuyo complemento no podrían subsistir las economías domésticas. En muchos casos no se trata tanto de un complemento cuanto de la columna vertebral del sustento familiar.

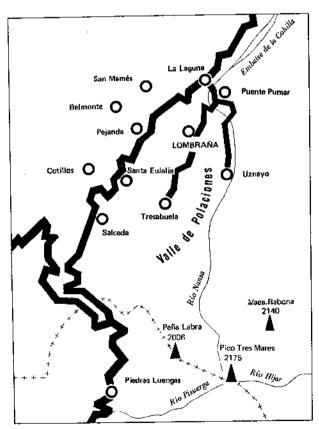
Centeno, lino, berzas, nabos, forman el conjunto más importante de la diversa gama de productos obtenidos; a ellos se unen la hierba y los pastos engranando el binomio alimentación humana-alimentación ganadera en continua tensión. Yeguas, bueyes de carretería y labranza, vacas, novillos, novillas, ganado lanar, cabrío y de cerda, con misiones distintas, disputan la producción y la completan según los casos.

Polaciones, buena tierra, pero nieva de contino, el que no mata lichón tampoco come tocino.

Cada núcleo dispone de un monte compuesto de robles con los que reconstruyen sus viviendas, hayas, como materia prima para la fabricación de carros y ruedas bien para uso propio o destinados a la comercialización y leña para uso casero.

Estos elementos agrícolas, ganaderos y forestales se combinan precariamente; unos ayudan a la propia sustentación familiar como el centeno, otros fortalecen la subsistencia ganadera y los últimos, forestales, permiten actividades de transformación inclinadas en dirección a Castilla de donde, en acción recíproca, obtienen trigo y vino fundamentalmente (9).

Extraídos y elaborados una serie de datos aproximativos del Catastro del Marqués de la Ensenada (10) podemos apreciar cómo la utilidad bruta procedente de las actividades agropecuarias no sobrepasaba los 500 reales, familia, cifra a todas luces insuficiente como más tarde veremos. De los 463 pares de ruedas fabricadas en el valle, 143 se destinan a la exportación para Castilla, junto con una cantidad imprecisa de carros y servían para financiar aquellos productos necesarios importados de los que resulta-



2.-Valle de Polaciones.

ban deficitarios. Se articula así un circuito comercial arcaico con los distintos pueblos de Castilla y produciendo una serie de actividades como la carretería, serrería (11) y todo tipo de transporte que se combinan con las actividades agrícolas. Esta precaria situación se agudiza por la estructura de la propiedad y los distintos sistemas de tenencia y cultivo de la tierra de la que se derivan unas relaciones de dependencia, concretizadas en prestaciones y rentas draconianas.

El valle es de señorío, perteneciente a la Duquesa del Infantado, quien percibe anualmente el derecho de alcabalas que montan por año más de 1.000 reales; a ello se debe añadir el pago que por razón de sisas y cientos cotizan a S. M. en las Reales Arcas de Burgos que alcanza la suma de 2.416 reales.



3.—«Zamarrón blanco», 1947, según F. Gomarín Guirado, basado en un dibujo de G. Cotera, fotografía de R. Morante Lombrana e informaciones de P. Madrid Gómez; 1, zapatones o botas; 2, pantalón blanco bordado; 3, enaguas de lino; 4, camisa de lienzo blanca; 5, corbata; 6, mantón de Manila; 7, bandas de seda; 8, polainas de lona o cuero brillante; 9, sombrero de paja debidamente ornamentado; 10, cintajos; 11, palanco o palo de avellano; 12, trozo de arpillera, lienzo o piel de oveja; «zamárgano».

La jurisdicción eclesiástica grava más duramente estas míseras tierras a través del diezmo y la primicia. Como expresión y símbolo de este rigor señalemos que diezmaban también los animales y los productos importados de Castilla.

La existencia de tres puertos, Fontelara, Peña Sagra y Cuenca Torices, explotados y arrendados en mancomunidad, aminoraban los gastos del común.

Algunas reflexiones sobre estas generalidades pueden resultarnos últiles. Estamos muy lejos del mundo perediano de Tablanca y Promisiones. Las condiciones naturales son difíciles (12), pero son más tenazmente resistentes las estructuras sociales como producto de una explotación evidente por parte de los estamentos privilegiados; explotación que se refleja jurídicamente en la extraña coexistencia de diversas jurisdicciones, eclesiástica, nobiliaria y real, dimanando fuertes cargas tributarias que impiden toda posibilidad acumulativa del campesinado; el poder adquisitivo de la población será nulo y se cierra todo resquicio a cualquier integración articulada de un desarrollo industrial regional. Ante tal estado de cosas, la emigración y el consiguiente discurso de la población constituyen la única salida para aquellas gentes. Los signos de pobreza, expresados en los textos, estarán presentes hasta la actualidad, pero cometeríamos un error si lo centráramos únicamente bajo la perspectiva del determinismo geográfico. La persistencia de estructuras sociales, tan arcaicas como arraigadas, juega un papel fundamental sofocando cualquier intento de salida. Cuando no existen otras válvulas de escape, la emigración representa una forma clara de tensión social y ésta ha sido la pauta de nuestro valle.

Muchos frutos amargos del pasado fueron barridos en la transición al régimen industrial. Los mayorazgos nobiliarios, el sistema laberíntico de impuestos, muchos de ellos insoportables como el diezmo, la diversidad jurisdiccional, etc. Pero el mal permaneció en los huesos del organismo social. Muchos de los nuevos que vinieron a reemplazar a los antiguos resultaron ineficaces o no mucho mejores que los «viejos» (13).

Los problemas de la agricultura se resuelven de forma inadecuada y ello va a redundar en el fracaso de la industrialización; a su vez, la debilidad de esta industrialización es uno de los factores de la grave crisis agraria de fines del siglo XIX. Ni la demanda industrial proporcionó un estímulo decisivo a la producción agrícola, ni se crearon los puestos de trabajo que hubieran podido ocupar los campesinos huidos de la tierra. Ante esto, terratenientes e industriales se cierran y mediante la política proteccionista y la actuación de un aparato represivo, impedirán el normal desarrollo del sindicalismo por un lado y abrirán la puerta a la emigración por otro. Este sistema de relaciones necesitaba de una organización política que permitiese a los grupos económicos dominantes mantener

un constante control del poder a través de la más pura ficción parlamentaria. No son razones morales ni culturales las que explicarán el caciquismo e indiferencia del país ante la farsa parlamentaria, son aspectos de la realidad fundamentales como las relaciones con la economía, esto es, con el reparto de la riqueza, con el trabajo y la subsistencia de los hombres los que dan cuenta de ellos (14).

La desaparición de las cargas nobiliarias y eclesiásticas, así como el fin de los mayorazgos, debieron suponer una notable liberalización en las economías de los habitantes de nuestro valle. Pero los problemas agrícolas no van a solucionarse, máxime tras la desamortización de las tierras comunales, verdadero complemento de unas economías reducidas e inestables.

Nuestro valle ofrrece un ritmo muy lento con respecto al del resto del país y puede afirmarse que a principios del siglo XX aún pervive el modo de producción feudal, aunque eso sí, con instituciones liberales que, al no responder a la base, necesitan del caciquismo.

A mediados del siglo XIX continúa el viejo esquema tradicional en cuanto a los problemas de la subsistencia se refiere. Madoz lo recoge gráficamente en su estudio: «en Poblaciones, aunque feraz en pastos, no hay otra producción; sus habitantes por llevar de un lugar a otro mercancías por la Península, han abandonado la agricultura; sin embargo, el clima tan ingrato que disfrutan, no les permitirá avanzar mucho». Desde el punto de vista agrícola, ha superado y ampliado la gama de cultivos y sus técnicas: «pero ya en estos últimos años han sembrado patata con gran éxito y cogen tanta que pueden exportar; así, con este producto, no echan en falta el maíz» (15).

Las transformaciones de la madera, horcas, carros, etcétera, para vender en Castilla, y León y la importación de trigo y vino siguen formando el circuito comercial de Polaciones, ya en los umbrales de su crisis.

Ni en la zona ni en la región existen puestos de trabajo, razón por la que la población encauza sus tensiones sociales, por la tradicional vía de la emigración. Así se explica el por qué la población ha descendido desde 1753 a 1849.

A fines del XIX, la población de hecho se sitúa en los 971 habitantes, la de derecho asciende a 1.157. Siguen las mismas constantes socio-económicas, matizadas con la divulgación de ciertas ideas fisiocráticas (16). Este ligero incremento puede deberse fácilmente a la inexactitud de las cifras dadas por Madoz. A finales del siglo XIX y principios del XX, sin que ello suponga ninguna reforma radical, aparecen los primeros síntomas de cambio. Se agrieta la estructura social, entran en crisis los vínculos paterno-filiales que unían a los propietarios con sus trabajadores agrícolas, aunque persiste el sentimiento religioso y cristiano de la vida concebida muchas veces como un valle

de lágrimas (17). En 1903 escribía Gayé: «en los Tojos, Tudanca y Polaciones, vívese todavía más patriarcalmente; habitados exclusivamente por gentes trabajadoras, por sencillos labradores, sus costumbres son más primitivas, conservan algo, mucho, de tiempos remotos, que desgraciadamente se irá borrando, que las carreteras salvan las montañas que los cerraban, penetran por sus desfiladeros, cortan sus mieses y sus praderías y llegan a sus poblados, con los rumores de los coches que los recorren, las ideas, las enseñanzas, las necesidades, los afanes nuevos que hacen de todos los países uno solo, monótono e incolo-ro» (19). Efectivamente, la red de comunicaciones romperá, en parte, ese aislamiento con la región cántabra; pero ello no era sino un síntoma más de las transformaciones de la economía rural montañesa que se perciben desde comienzos del XX y que llegan a Polaciones con gran retraso (19).

Este primitivismo justifica el que muchos escritores elijan aquellos lugares como símbolo de la pureza primitiva. El caso de Pereda no es una casualidad; son muchos los que cantan y ensalzan la vida comunitaria, persistencia de épocas en las que no ocurrían las aberraciones liberales. Un regionalismo conservador, de claro signo carlista, repleto de contradicciones, se difunde por la Montaña a fines del XIX y principios del XX. La figura del patriarca, el «neopatriarcalismo», se erige en el nervio de toda la organización comunitaria. Se falsean las cualidades de este «patriarcado rústico» y se canta la «santa ignorancia campesina» que vive de espaldas a la razón. Ello implicaba un descarado conservadurismo, ya que cada uno debía asumir la función social que tenía encomendada. Frente al patriarca, fiel protector del campesinado, el liberalismo es visto bajo todos los anatemas. Existe una deliberada manipulación de la vida real y ello en función de intereses claramente detectables. Cuando se culpa el parlamentarismo, el caciquismo, se oculta que el patriarca fue y seguía siendo el gran «cacique» del pueblo; los males, debidos a nuevas corrientes foráneas (liberales), enmascaran la persistencia de unas estructuras socio-cconómicas que se remontan a la época



4.—Grupo de «zamarrones negros» interpretando la comparsa «Viaje a la luna», compuesta y cantada en los Carnavales de 1935 en Uznayo, (según P. Madrid Gómez).

que ellos ensalzan. Los problemas se analizan desde el punto de vista superestructural, único que había cambiado desde la Revolución Liberal Burguesa; no se toca el problema de la tierra porque eso implicaría llegar a la raíz de los males (20), o lo que es lo mismo, poner en duda el orden social. Es necesario, pues, desentrañar el objetivo de este pseudoregionalismo y sus fines; pero no es nuestro objetivo porque ello se saldría del marco de estas notas.

Finalmente, a lo largo del XX se dan una serie de transformaciones en nuestro valle que no estudiaremos. Tan sólo indicar, a través de unos datos justificativos, que la emigración se ha agudizado enormemente; si en el pasado fue enorme, en los tiempos actuales persiste con similar intensidad como consecuencia de la incapacidad de tal sociedad para aclimatarse a las modificaciones regionales y nacionales. Los censos, repitiendo una vez más, pertenecen al pasado como hemos visto, pero también al presente, jugando un papel decisivo la planificación regional y ello es así, pese a que suele desviarse intencionadamente hacia el determinismo geográfico más o menos veladamente.

El partido de Cabuérniga permanece demográficamente estacionario desde 1900 hasta 1960 y se convierte en regresivo a partir de entonces (21). El saldo emigratorio entre 1901-30 llega hasta 4.003 habitantes sobre una población que ascendía en 1900 a 10.649; entre 1931 y 1960 continúa el drenaje humano, 3.662. Así nos explicamos que el crecimiento resulte prácticamente nulo entre estas dos largas fechas (22). Polaciones tenía en 1900 1.140 habitantes, 994 en 1960, 827 en 1965 y 780 en 1968; son muy expresivas del gran despoblamiento que ya en 1968 sólo poseía 8,7 h./km.², auténtico desierto.

En conclusión, podemos señalar que el desarrollo histórico, condicionado por el marco geográfico, del valle de Polaciones dista mucho de ser tranquilo.

ΙI

La tarde del «Domingo Gordo» (domingo de Quincuagésima) se iniciaba el Carnaval en el valle de Polaciones. Terminaba en la noche del martes. Todo el



 Una comparsa con diferentes máscaras, donde destacan, entre otros, los cazadores, el oso encadenado y su amo (según P. Madrid Gómez),

valle, constituido ya en actor, ya en espectador, participaba en el mismo, con la excepción de alguna familia sumida en luto reciente. Incluso los serradores de la madera, que trabajando fuera sienten la llamada de los Carnavales, se conceden un permiso y regresan a su comarca para vivir aquellos días memorables, «que no venían más que una vez al año». Las gentes de las tierras circunvecinas acudían también a dar fe del suceso y al mismo tiempo disfrutar de una hospitalidad que allí jamás se regateaba (23).

Elementos fundamentales del Carnaval son los «zamarrones»: mozos disfrazados de diversos modos que quedaban transformados colocándose sobre sus ropas las más variadas vestimentas. Los había «zamarrones de blanco» y «zamarrones de negro». El largo palo de avellano, que sobrepasaba la altura de un hombre y a cuyo extremo se ataba el zamárgano, completaba su atuendo. Dicho palo, utilizado a modo de pértiga, servía para que los «zamarrones» ejecutasen los más increíbles saltos y piruetas cara a un público que presenciaba sus «gracias».

«Hacer gracia» (sinónimo de «divertir a la gente») era deber y cometido de todo aquel que se preciara de ser un buen «zamarrón», pues la gente no gustaba de los «zamarrones» apocados, encogidos o timoratos.

Un «zamarrón» sin tacha era aquel que apoyado en su palo ponía ambos pies sobre la cabeza de cualquier espectador, saltaba a diestra y siniestra, chapuzaba y embarraba a las mozas con su zamárgano y descargaba recios palmetazos en las espaldas de los hombres, a la vez que pronunciaba frases amistosas disfrazando el tono de su voz para no ser reconocido.

El rostro vuelto, la voz cambiada y oculto bajo su máscara, el «zamarrón» se transformaba en otro hombre distinto, liberado de prejuicios y escrúpulos, a quien se toleraban durante los tres días de Carnaval una serie de excesos que en otras ocasiones se reputarían como hechos punibles. El golpear al prójimo con vejigas, palos y empellones, el allanamiento de morada, el pregonar y sacar a la luz pública faltas y defectos ajenos, el convidarse a sí mismo en la casa del vecino, eran actos de plena licitud consagrados por aquella conocida frase:

Por Carnaval, todo pasa; quien no quiera palos, que se esté en casa.

Con absoluta impunidad, penetraba en las çasas persiguiendo a cualquier vecino que huyese de sus palmetazos; por su propia mano descolgaba los chorizos que estaban curándose al humo o se dirigía hacia la bodega para sacar vino de la mejor cuba. En el valle hay una canción que dice:

Con vino y buenos chorizos se curan todos los males no se olviden del remedio y jarriba los Carnavales! Por supuesto que siempre había quien se extralimitaba, pasándose de gracioso, pero todo el mundo aguantaba y condescendía sus pasados tiempos de «zamarrón».

«Correr los Carnavales» era para los mozos del valle, colmar una de sus máximas ilusiones, algo que daba mayor plenitud al concepto de hombría de aquellos muchachos. «Vestirse de zamarrón» y sobre todo «vestirse de blanco» constituía uno de los actos más relevantes que un hijo de Polaciones podía consumar en su vida.

La furia de los enmascarados recaía en mayor grado sobre las mozas del pueblo. Ellas eran el blanco exclusivo de sus zamárganos, aquellos trapos (a veces una piel entera de cordero o un saco partido por la mitad) que se ataban en la punta de la pértiga de avellano y bien impregnados de agua, barro o estiércol, servían para azotarlas o para aplicarlas el sabaneo, es decir, embadurnarlas de la cabeza a los pies. Con furor insistente, el zamárgano iba empapando a las muchachas que tiritaban de frío, y una intencionalidad aviesa lo diría, de forma que pusiera al descubierto aquello que ellas no querían enseñar.

Ya se ha dicho que existían «zamarrones de blanco» y «zamarrones de negro»: para algunos los primeros eran ángeles y los segundos ángeles malos.

Tanto los «negros» como los «blancos» deben describirse por separado, teniendo en cuenta la disparidad de sus disfraces y el papel, bien diferenciado, que unos y otros cumplían en el Carnaval.

Nos referiremos en primer término a los «blancos» esbozando su indumentaria y compleja ornamentación (24). Así, el calzado, apto para transitar por caminos encharcados, consistía en recias botas de clavos y polainas de lona o cuero brillante. Luego, sobre sus ropas domingueras, se revisten de pantalón blanco bordado con ramos y flores, una especio de enaguas, camisa impecable de lino, corbata, precioso mantón de Manila rodeando su talle, bandas de seda cruzando el pecho y bonitos pañuelos sujetos sobre los hombros. El sombrero no debía ser ni muy recargado ni muy ralo; por intuición había que hallar el término medio. Convertido por el arte de aquellas mujeres de la casa en muestrario de mil vistosos abalorios, de mil baratijas relucientes compradas al buhonero y distribuidas con un admirable sentido de la decoración, este sombrero de paja, de los utilizados para ir a la hierba, se constituía en andamio sobre el que se montaba todo el ornamento en base a dos alambres cruzados, que formando arcos, sirven de soporte a una especie de cono de flores artificiales. Por fin, toda una variedad de cintajos prendidos de la cara posterior de modo que le colgasen airosamente sobre la espalda, daba al disfrazado un porte elegante y maiestuoso realzado por sus apuestos andares:

Polaciones, zamarrones, que vestís a media pierna, unos a media polaina y otros a polaina entera.

Consciente de su brillante papel en la gran fiesta y consciente de la admiración que suscitaba, el «zamarrón» se movía con ligereza y gracia, contorsionándose en aparatosos saltos para mejor exhibir sus galas, sin olvidarse de blandir el zamárgano sobre las sufridas muchachas o de golpear la espalda de los varones con la mano extendida, en simulado gesto amistoso que no aminoraba la contundencia del castigo.

El «zamarrón de blanco» era aún más temido que el de «negro» por la dureza con la que se empleaba dentro de la impunidad del Carnaval. Sin embargo, era el más mimado y agasajado; se le alojaba en las mejores casas y las mozas tenían a honra el que, tras haberlas chapuzado hasta la saciedad, bailara con ellas



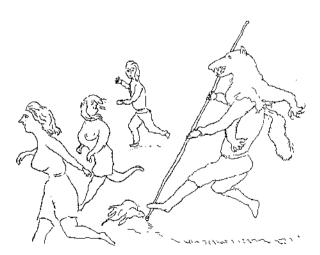
6.—«Zamarrón» disfrazado de oso (según P. Madrid Gómez).

en la plaza del pueblo al son de las panderetas. No se concebía un «zamarrón», y menos un «zamarrón blanco» que no supiera bailar a «lo pesao» y a «lo ligero» con soltura y brío.

El ser «zamarrón negro» no implicaba una especial selección en lo que a disfraz se refiere. Cualquier ropaje extravagante que pusiera de relieve el ingenio y la alegre maliciosidad de su usuario, podía adecuarse a las circunstancias. Había quien se vestía de mujer, exhibiendo un vientre voluminoso logrado a fuerza de introducir trapos o copos de lana; otros se embutían en apretados pantalones decimonónicos o se tocaban con viejas levitas de mangas raídas. Prendas desechadas de todo género, incluyendo ropa militar, pieles de oveja o de cualquier otra alimaña, caretas de cartón, con mostachos exagerados y dentadura terrorífica: de piel de oveja, de lienzo, etc.: he aquí una parte de los elementos que entraban en aquel variado vestuario. El calzado consistía en los consabidos zapatones o las típicas albarcas del país, amén de las vendas y polainas que preservaban del barro y la nieve si el Carnaval venía con mal tiempo.

El palo o palanco de avellano provisto de zamárgano no era de uso obligatorio para el «zamarrón negro». Los jóvenes eran los más adictos a él por impulso propio de su edad, mientras los ya entrados en años se servían del bastón, la cachaba o la picaya para ayudarse a través de torrenteras y malos caminos, pero en muy contados casos los usaban con fines agresivos.

Estos «zamarrones» solían ir agrupados en comparsas, o bien formando parejas según el papel que ellos mismos se asignasen, sin faltar aquellos que, actuando en solitario, aguzaban su ingenio para divertir a un público siempre ávido de espectáculos.



 Muchachas perseguidas por un «zamarrón-oso», dispuesto a iniciar el «sabaneo» con el embarrado «zamárgano» (según P. Madrid Gómez)

Estas agrupaciones en comparsas son importantes desde la óptica antropológico-social, ya que el figurar o ser admitido en una comparsa implicaba ser mozo hecho y derecho, así como haber pagado la «entrada de los mozos» y haber prestado obediencia jerárquica, deber al que estaban obligados los nuevos integrantes.

En nuestro valle, el término «comparsa» poseía un doble significado: por una parte, se aplicaba al grupo de «zamarrones negros» que aportaba cada aldea, los cuales, dirigidos por el más veterano, cubrían un determinado itinerario llevando el regocijo a las buenas gentes. Por otro lado, recibía el mismo nombre la composición que dichos «zamarrones» cantaban de pueblo en pueblo; esta composición estaba formada, salvo contadas excepciones, a base de estrofas con cuatro versos octosílabos acompañados de un estribillo, como vemos a través del siguiente ejemplo:

Marchan a correr la boda para ver la capital; antiguamente marchaban a correrla al invernal.

A las casas de modistas todas van de buena gana porque van allí los mozos y las tocan la pestaña.

Pretendían en el cuarto y dormían en la cama y entre medio de los dos colocaban una traba.

Estribillo

Pídemi lo que quieras pídimi dinero que me estás matando carita de cielo (25).

Un mes antes del Carnaval, los mozos del pueblo iniciaban preparativos de la comparsa que se cantaría aquel año. Sobre todo, se procuraba que transcurriesen en el mayor secreto para lograr una total sorpresa. Si el «zamarrón» ponía todo el empeño en buscar un disfraz que lo hiciese irreconocible, esos afanes se duplicaban al procurarse que ni un solo verso, ni el detalle más insignificante trascendiesen y pasaran a ser del dominio público antes de la fecha memorable. Con sigilo y precauciones, se congregaban en alguna casa poco frecuentada o en algún invernal y empeñando solamente su palabra de guardar el secreto ponían a contribución toda la inventiva de que eran capaces. El propio dueño de la casa, en un gesto de condescendencia, se iba a la de cualquier otro vecino y allí permanecian el largo rato que duraba el ensayo, dejándoles como dueños y señores.

La comparsa nacía y se desarrollaba bajo tales auspicios. Unos tras otros los versos se acumulaban, se sopesaban y se iban seleccionando; se procuraba que la composición no fuese demasiado larga, pues había que cantarla tres o cuatro veces en cada una de las nueve aldeas del valle.

De común acuerdo adjudicaban la responsabilidad de conducirla y ordenarla al mozo más veterano, tal vez un cuarentón con más de una veintena de Carnavales en su haber, dotado de múltiples atribuciones e investido de una férrea autoridad. Su cometido no era nada envidiable por cuanto la comparsa se nutría en gran parte de gente joven propicia a la insubordinación. Sin embargo, jamás se conoció un caso de abierta desobediencia entre la muchachada inquieta y ruda, aunque las resistencias pasivas abundasen.

Se elegía la melodía que acompañase las pintorescas estrofas aprendida en alguna alejada región (26), con miras a las fiestas carnavalescas, por cualquier serrador de la madera o por alguna chica de servicio en la capital provinciana, lo cual garantizaba cuanto de inédito y secreto se pudiera apetecer. Seguidamente se iniciaban los ensayos, cantando a media voz para no ser oídos desde la calle, y ya en vísperas del gran día, todo el mundo se presentaba con los disfraces de rigor para dar a la obra sus últimos toques.

Si en la aldea había algún dibujante aficionado, su colaboración era un complemento valioso para la comparsa. El representaba sobre un gran cartelón plegable toda una serie de escenas más o menos logradas, alusivas a los diversos asuntos en ella tratados. que acrecían su interés de modo particular: grotescas figuras humanas o animalescas en diversas actitudes, predominando las eróticas, campeaban al lado de chispeantes rótulos, plenos de ingenio y picaresca, junto con altas montañas y casas agrupadas en torno a una iglesia de afilado campanario, que pretendían ser la panorámica del valle, o algún imperfecto vehículo a motor si el tema lo requería. El porte y manejo de este cartel era prerrogativa del veterano mozo que se veía y deseaba para conservarlo intacto frente a las mil tarascadas y bromas agresivas que le solían asediar, a cargo siempre de las muchachas más alegres y retozonas de cada aldea.

Las comparsas venían a ser un reflejo de la mentalidad de sus progenitores y muestra de su talla intelectual. A veces, ofrecían una auténtica crónica de hechos reales, y otras, la imaginación se adentraba en el terreno de lo fantástico. Estos hombres, siempre protagonizando la bondad, se erigían en cazadores de viles alimañanas (27), en médicos infalibles, en honrados gobernantes, en afortunadas gentes de negocios y buscadores de tesoros, en viajeros infatigables y audaces exploradorse llegados a la luna, adelantándose varias décadas a la Era Espacial. En cuanto crónica de los sucesos del valle, nada quedaba sin reseñar en aquellos anales fidelísimos. Todo lo acaecido en la presente o pasadas temporadas, incluido aquello que no debiera trascender a ningún precio, era dado a la publicidad en la plaza de la aldea, aunque eso sí, bien

aderezado y bajo la forma de ingeniosas estrofas cantadas a pleno pulmón. Cualquier calamidad pública o privada, cualquier defecto físico o mental, las cuitas del prójimo, fuese quien fuere el cuitado, podían ser escuchadas en aquel lugar. La vaca que se murió por tacañería de su dueño, el rebaño de cabras diezmado por el lobo, el miedo atroz que en pleno monte pasó algún mozo yendo de noche a visitar a su dama, la imponente nevada del último invierno y cómo no decirlo, las chicas solteras que esperaban tener descendencia en el transcurso del año. Porque en Polaciones había por aquellas épocas un porcentaje de hijos naturales, fruto de pastoriles andanzas entre tupidos acebales, invernales lejanos y majadas de alta montaña: tales eran los tiempos y las costumbres y cuantas circunstancias propiciaban estos casos.

También hay que reseñar la coincidencia colectiva del deber recíptoco para que nadie se quedase sin participar en la comparsa, aunque al día siguiente estuvieran reñidos. De esta manera al mozo que se iba a la comparsa se le cuidaban, en el invernal, las vacas. En el pueblo, se pensaba y decía: «A los mozos hay que traerlos contentos...».

Al margen de la comparsa, algunos «zamarrones actuaban por cuenta propia fingiendo todos los oficios conocidos: quicalleros, enterradores, abogados, etcétera, y gastando a veces bromas harto pesadas a quien de ellos se fiaba. Así encontramos barberos que ataban a su cliente a una silla y tras embadurnarlo la cara con una brocha de albañil empapada en harina desleída, puré de patatas o fideos cocidos, se empeñaban en rasurarle con alguna guadaña roñosa: doctores que daban a sus pacientes inverosímiles fármacos tales como lentejas o garbanzos crudos, bellotas o avellanas, e incluso cagarrutas de oveja o algo por el estilo, delicadamente envasado; practicantes decididos a utilizar una lezna a guisa de jeringuilla en la nalga de cualquier moza de buen ver, castradores de puercos que a todo trance intentaban ejercitarse en un ejemplar de la especie humana, etc.

A toque de campana acudía el vecindario para celebrar sus concejos a la Cotera de Tresabuela. En tiempos de Carnaval, en días de romería o durante cualquier tarde veraniega, allí se bailaba al son que tocaban unas alegres pandereteras, o se jugaba una partida de bolos. La Cotera es en Tresabuela lugar de esparcimiento de chicos y grandes y lugar donde se protagonizaban un buen número de sucesos.

Durante la década de los treinta, en el «Domingo Gordo» por la tarde y en la Cotera —siempre según informaciones de Pedro Madrid Gómez— la gente rebosaba a la espera de que aparecieran los «zamarrones». Entre los congregados cundía el nerviosismo y la expectación conforme el gran momento se aproximaba. Mientras tanto, en la iglesia acababa de rezarse el rosario al que en este día de regocijo sólo acudían el cura de la parroquia, algunos chiquillos y

viejos, además de la media docena de beatas de siempre.

En las casas particulares se daban los últimos retoques a los disfraces de los «zamarrones blancos», aquellos cuatro que en total salieron durante ese año. Mientras, los de «negro» (alrededor de una veintena), sin duda menos exigentes en cuanto a su atuendo, se vestían por sí mismos con lo que hallaban a mano y se concentraban en el portal colocándose sus máscaras, pues nada había más bochornoso que otros, ganándoles por la mano, se adelantasen a cantar su canción de comparsa:

Aunque no tenemos fama en compañía venimos todos vestidos.

Los chiquillos, que se habían destacado basta la Riguera, corrían alborozados anunciando que ya venían los «zamarrones de blanco». El griterío crecía cuando los cuatro mozos irrumpían en la plaza ejecutando increíbles saltos con sus palancos de avellano haciendo tremolar las largas cintas de seda que pendían en sus encopetados sombreros. Los zamárganos, empapados en agua-nieve, se abatían sin piedad sobre las faldas festivas de las mozas. Sólo los chichillos y las mujeres casadas se libraban del duro castigo porque así lo prescribían los cánones del Carnaval y se guardaba mucho de contravenirlos todo aquel que se preciaba de «zamarrón» bien nacido. Los débiles, los ancianos acatarrados, las mozas en sus días críticos, los convalecientes y todo aquel que quisiera sustraerse a los golpes y zamárganos, se subía a los balcones u otro lugar inaccesible y desde allí oían la «trova» o «comparsa» de los «zamarrones», que se congregaban en medio de la plaza rodeados por la expectación popular. Los niños lloraban ante los tremendos gestos de las máscaras:

—¡Cállate, niño! Si es tu tío Basilio. ¿No le co-noces hombre?

Apenas renacida la calma, hacían su aparición los de «negro», agrupados en una comparsa de fingidos cazadores, los cuales traían un oso capturado a lazo en los bosques del valle. Se trataba de un robusto muchado de Tresabuela vestido con pieles negras de oveja y sujeto a una larga cadena que portan dos fornidos compañeros. De un brusco tirón lograba desprenderse de sus amos y corría tras las gentes despavoridas, derribando cuanto hallaba a su paso. Los chiquillos lloraban aterrorizados y todo el mundo procuraba ponerse a salvo subiéndose a muros y balcones. El oso arañaba y desgarraba los vestidos de las mozas con sus descomunales zarpas (28) mientras bramaba y amenazaba enfurecido a quienes se encontraban fuera de su alcance. Tras un largo forcejeo, sus amos conseguían recobrarlo y el público, tras la promesa de que no volvería a desmandarse, retornaba confiado a la plaza. Las malparadas muchachas hacían sonar sus panderetas y esta música, tan familiar a todos, acallaba el griterío y lograba amansar a la propia fiera que era la primera en despojarse de su careta de piel. Los demás «zamarrones» le imitaban y dejando a un lado su agresividad, confraternizaban con los espectadores que pedían insistentemente que se cantara la comparsa.

Como era la costumbre, los comparsantes se hacían rogar un tanto antes de empezar y, como todo el mundo procuraba hallarse presente, en este intervalo llegaban los vecinos más rezagados, se avisaba a los no enterados o se esperaba que llegase algún vaquero que venía corriendo; junto a ellos algunos ancianos, que a la vista del espectáculo sentían revivir sus años juveniles y sus andanzas de «zamarrón» brioso y admirado.

Cuando el mozo que ostentaba el mando de la cuadrilla, con gestos expresivos y entonación solemne, hacía la presentación, se producía entre los congregados un silencio religioso. Mientras, se desplegaba un excéntrico cartel donde el dibujante había representado a su manera las incidencias más relevantes de la gran cacería.

A una señal del «zamarrón» jefe, todos iniciaban sus cánticos relatando las mil peripecias habidas en la persecución y captura de la fiera. En aquella época sucedía que osos y lobos causaban estragos en los rebaños (29), osando introducirse en majadas y establos degollando todas las ovejas de un ganadero en una noche de verano. Así sucedió en el corral de un vecino del mismo Tresabuela, suceso misterioso aún recordado en nuestros días y que por aquel tiempo se hallaba muy reciente. No podía, por lo tanto, tocarse una cuerda más sensible y de ahí la expectación que tan original tema suscitaba entre un auditorio de cazadores, pastores y gentes vinculadas a la crianza del ganado:

Una mañana temprano Eloy Caloca salió en busca de cazar bichos y el rastro de un lobo halló.

Este se puso a seguirle con las ansias incansables a fuerza de mucho andar hasta que logró matarle.

Si quieren saber señores lo que anduvo un lobo bravo escuchen con atención se lo iremos explicando.

Salió del Portillo Brañas a la Collá la Terena, a la Cuesta del Cerral pasó por Cuesta Cabreña. Pasó por la Peña Dobres a la Campa Lebaniega, por Coterucu los Brezos y sin perder la vereda.

Atravesó por los Cuestos a la Majá del Pandillo; pasó por el Cojorco a Canal de Riolostrillos.

Pasó por la Collailla a mitad de la Majá por el Prao de los Puriales al Monte la Maeriá.

Subió por Braña el Agua hasta el Canto Golpejera por Cotera de Palanca atravesó la Pedrera.

Bajó por las Escampas a volver por la Cotera pasó por arriba el pueblo al Prao de la Riguera.

Atravesó por el campo al Prao de los Llanillos en donde estaba esperando el cazador de Cotillos.

Buena puntería tuvo y qué bien se colocó que le tiró el tiro al pecho, rodando al suelo cayó.

Ya pueden ver señores lo que anduvo el cazador, ya nos pueden preparar de lo bueno lo mejor.

Bien merecido lo tiene señores, el cazador en el Valle de Polaciones ha sido siempre el mejor.

Quedarse con Dios, señores ya no pierden los recillos porque ya les mató el lobo el cazador de Cotillos.

Salían las mujeres todas dando gritos: —;Gracias a Dios, te mataron; nos comías los cabritos!

Esto no es cuento, señores, salimos la mocedad a recorrer todo el valle con la piel del lobo inflá.

Ya llegamos a Cotillos y contamos el dinero jamón, chorizo, torrendos, muchas mantecas y huevos. Y nos dijo Eloy Caloca:

—Coméis chorizo y jamón,
el dinero me lo dáis
para comprar munición (30).

Acabada la representación, llegaba lo que podría llamarse el segundo acto de la función carnavalesca. En la citada Cotera y en un espacio limpio de nieve y barro, los cuatro «zamarrones blancos» bailaban con brío la típica jota al son de panderetas y castañuelas, mientras la gente se reunía en su entorno para admirar más de cerca la galanura y majestuosidad de los disfraces y animar a los bailadores con sus gritos y sus gestos. Luego tocaba el turno a los «zamarrones de negro» que lo hacían con auténtica gracia y ligereza, contagiándose actores y espectadores de la alegría más bulliciosa dentro del excepcional ambiente en que transcurría el acontecimiento.

Por fin llegaba el momento en que los zamarrones marchaban a la aldea próxima para cubrir la primera etapa de su andadura. En Uznayo, pueblo hermano y rival en festejos y agasajos, de larga tradición «zamarronera» con su archiconocida Plaza de la Quintana (comparable a la Cotera de Tresabuela), pernoctaban junto con otras comparsas, para al día siguiente continuar por La Puente a San Mamés y dormir en Belmonte, lugar escondido entre bosques con una bien ganada fama de acogedor, sobre todo en días de Carnaval. Cotillos, Salceda y Santa Eulalia, por este orden, eran las últimas metas, las cuales se cubrían el martes, retornando al atardecer a su aldea natal. Las mil dificultades que ofrecía aquella larga marcha, a través de caminos cubiertos de nieve, por entre matorrales y torrenteras etan una minucia para mozos de tan probados arrestos.

No sin antes vapular al sufrido auditorio por última vez, los «zamarrones» emprendían el camino yendo los de «blanco» separados del resto de la comitiva para evitarse los chapuzones que menudearían en el encharcado trayecto. Saltando con ayuda de sus pértigas desaparecían calleja abajo perseguidos por la nube de bolas de nieve que les lanzaban los chiquillos y también algunas mozas.

Su marcha daba al vecindario un respiro que dedicaban a atender el ganado encerrado en los establos, para retornar enseguida al lugar de reunión. A lo sumo, se concedían algunos minutos para despachar a grandes bocados un trozo de aquel chorizo guardado con miras a los Carnavales y ya estaban todos nuevamente en la eterna Cotera a la espera de que apareciese otra turba de «zamarrones» de cualquier pueblo vecino.

Enseguida, los muchachos de la aldea, futuros comparsantes de alguna no lejana promoción, descubrían allá abajo donde el Puente de Cillárbol se tiende sobre el río de la Casa Nueva, el numeroso grupo que aquel año aportaba a los Carnavales la aldea de Uznayo. De nuevo cundía la ansiedad y todo el mundo hacía cábalas sobre los temas que abarcaría la nueva comparsa, de la que se tenía alguna que otra referencia de primera mano.

Su llegada registraba las características ya descritas: primero un par de «zamarrones de blanco» que salpicaban a sus víctimas una y otra vez, y a continuación, una treintena de «zamarrones negros», ataviados con variopintos disfraces. Al cabo de un rato, el responsable del grupo llamaba al orden a su gente y con voz autoritaria y gestos de exagerada solemnidad, explicaba a los espectadores la singular misión que les llevaba de pueblo en pueblo.

Traían consigo un burro negro que atendía por el nombre de «Orejitas», del cual referían una larga historia salpicada de incidencias eróticas enumeradas en unos versos ingeniosos llegados íntimamente hasta nuestros días, pese a todo tipo de censuras (31).

Era el caso de un jumento vendido en el pueblo de Uznayo por un quincallero ambulante, muy deseoso de deshacerse de aquella prenda a causa de una fatal manía del animalejo, quien bien armado de todos sus atributos fálicos, acometía y atacaba a cualquier mujer, joven o vieja, como si de una burra en celo se tratase. Estos impulsos (muy comunes a los de su especie) provenían de una drástica y larga abstinencia sexual, a veces de por vida, que padecía la bestezuela y que en ocasiones llegaba a convertirla en amenaza para la integridad de los aldeanos. Para poner coto a la impetuosidad de «Orejitas» se hizo necesario requerir los servicios del castrador y de esta manera transformarlo en un manso y paciente pollino que incluso recibía provechosas lecciones de su dueño, empeñado a toda costa en «alfabetizarlo». Para semejante tarea utilizaba un gran cartelón donde campeaban las cinco letras vocales que el inteligente animal recitaba ya de memoria:

> En el mercado de Potes en el Campo de la Serna ha dado a luz una burra un burro con tres oreias.

Al cabo de cierto tiempo allí le vino a comprar una mujer solterona de Tresviso natural.

Por lo que dice la gente buenos servicios hacía a aquella que le compró y a otra en su compañía.

Al cabo de algunos meses fue por allí un quincallero quien se ha comprao a Orejitas pagando mucho dinero. Mucho ha dado qué hacer en esa ría del Deva en cuanto veía mujeres la quincalla echaba a tierra,

Y ahora van a saber cómo a Polaciones llega tomando el río del Nansa con sus muchas peripecias.

En una tarde feliz llegó a este pueblo de Uznayo y ahora van a saber los daños que aquí ha causado.

Hizo su entrada triunfal por Barrio Socarrén donde pidió alojamiento y concedido le fue.

En casa del tío Felipe, un buen vecino por cierto allí felices durmieron el burro y el quincallero.

Al otro día, como este señor siempre madrugaba, fue a la cuadra y observó que Orejitas le gustaba.

Entonces el tío Felipe se fue derecho a la cama a decirle al quincallero si de pollino cambiaba.

Esto que vio el quicallero cinco duros pidió arriba, entonces el tío Felipe se estremeció de alegría.

Y de esta suerte quedaron ya los pollinos cambiados y ahora van a saber los daños que aquí ha causado.

La primera fue una moza, «La Guapa», tiene de mote la fateó el animal la quiso montar al trote.

La segunda fue otra moza, Celsa la de Sebastián que iba a buscar patatas y la atacó el animal.

El tercero fue su amo que se llama Julián Rada, como le encontró cerrado le ba chorreado las espaldas.

Fue su propio dueño el cuarto el que ha caído en sus garras le echó las patas al cuello y al suelo le derribaba.

Cuando estaba culo arriba fuertemente le atizaba basta que acudió en su auxilio esa Justa la de Ana.

Al ver tantas peripecias dieron parte a la justicia y ordenan que le caparan bubo de bacerlo a cuchilla (32).

Con esto nos despedimos de todos en general, tengan cuidado señores no les monte el animal.

Estribillo

Pobre Orejitas, qué mal lo pasas; ya tienes hambre: vete a esas casas (33).

Al final, el burro de la comparsa se soltaba de la mano de su amo y corría en busca de las mozas dando rienda suelta a sus reprimidos instintos. Este tornaba a recogerle y atarle de nuevo, riñéndole con afectado enojo y muy ingeniosas interjecciones. Las mujeres huían despavoridas mientras los varones azuzaban a la terca bestia, y el júbilo se desbordaba sin que la menor protesta ni el más leve gesto de desagrado empañasen el acontecimiento. Así eran, hace cincuenta años, los Carnavales y las fiestas de invierno en el valle de Polaciones.

La comparsa finalizaba sus cánticos cuando las sombras de la tarde se abatían sobre la aldea. Entonces se ponía a contribución la proverbial hospitalidad del vecindario y cada cual rivalizaba en llevarse a su casa un par de «zamarrones» para agasajarlos. Frente al fuego del hogar se secaban sus ropas y calzados y a la luz del candil, sobre la mesa adosada al banco de la cocina, se disponía la copiosa cena de los días de Carnaval: la ensalada de alubias, la sabrosa tortilla de torreznos y chorizo fresco, el guisado de lomo y costilla de cerdo, y una fuente de arroz con leche o manzanas fritas en aceite de chorizo. El vino, el que venía de tierras castellanas a tres o cuatro pesctas la cántara de dieciséis litros cuando era muy bueno, se tomaba en porrón o jarro que amistosamente circulaba de mano en mano, mientras se hablaba de temas festivos, actuales y algunos otros recordados con nostalgia por el dueño de la casa.

Después de la cena, la fiesta proseguía y duraba hasta bien avanzada la noche. Algún vecino condescendiente solía ceder un establo vacío que se habilitaba como sala de fiestas. Allí acudían las mozas del pueblo con sus panderetas, algunos chiquillos mayores y todos los «zamarrones» ya bien aligerados de sus disfraces, incluido el burro «Orejitas» que descubría su verdadero aspecto de mozo rubio, alegre y hablador. Se bailaba la jota, se cantaba, se daban gritos; los chiquillos jugaban al escondite por los rincones en la estancia iluminada con un viejo farol de

cristales ahumados que arrojaba más sombras que luz, situación muy propicia a los pellizcos y manoseos, y si se producía algún apagón, los mozos procuraban abrazar con fuerza a su pareja e impedir que se la arrebatase algún «zamarrón» solitario.

Paralelamente se organizaban veladas donde recibían a sus novios «zamarrones» algunas mozas no autorizadas por sus padres a salir de noche. Se bailaba en la cocina al son del rabel, se referían cuentos, se hacían los usuales juegos de prendas y todo el mundo se iba a dormir plenamente satisfecho de la primera jornada del Carnaval. A los «zamarrones» se les ofrecían camas bien acondicionadas para descansar aunque el dueño tuviese que hacerlo en precarias condiciones, porque así cumplía con quien se preciaba de buen mantenedor de la tradición.

A la mañana siguiente los «zamarrones« no madrugaban. Los señores de la gran fiesta, a la hora que les era propicia, se levantaban y tomaban el desayuno, bien en la casa donde habían pernoctado o en otra de las muchas que se les brindaban en aquellos días de excepción; luego recomponían los disfraces y 2amárganos malparados en la brega del día anterior y, acto seguido, se concentraban en la Cotera para entonar los últimos cánticos antes de salir hacia la aldea siguiente, que podía ser Salceda o Santa Eulalia, pues el pueblo donde no acudía la comparsa se ofendía grandemente por tal indiferencia, sintiéndose menos preciado. Jamás se despedían sin chapuzar y embadurnar a las mozas, siendo bastante frecuente que ellas repeliesen la agresión o les escondieran alguna prenda con el propósito de retenerlos y aumentar así las atracciones de la jornada.

Pero la Cotera continuaba siendo hervidero de gente en los días grandes. A cada comparsa que abandonaba aquel recinto sucedía una nueva ola de «zamarrones». Cada uno de los nueve pueblos enviaba su más o menos lucida representación y el vecindario, siempre deseoso de espectáculos, los contemplaba incluso desde los balcones de las casas vecinas que se atestaban de cuantas gentes no querían pasar por la prueba del zamárgano empapado en agua-nieve, o lo que era peor, de estiércol recogido en cualquier montonera. Domingo, lunes y martes, sin darse punto de reposo, los mozos del valle iban, venían, salían, entraban, se divertían y divertían a todos con sus saltos, sus gestos y ocurrencias, sus canciones, en definitiva, con su particular modo de «hacer gracia» y el empeño e ilusión que ponían en lograrlo.

El lunes, antes del mediodía, aparecía por el Alto del Collado un grupo de mozos de la aldea de Salceda. Sus componentes vestían levitas y se tocaban con altos sombreros de cartón, siendo su porte afectadamente distinguido; apenas si propinaban algún que otro palmetazo amistoso a los hombres y trataban consideradamente a las muchachas, guardándose mucho de ensuciar sus vestidos de fiesta. Aquellos modales

inusitados cautivaban el público harto de verse zarandeado, perseguido y vapuleado, y lo atraían hacia la original comparsa.

El país había estrenado la República el año anterior y eran éstos los primeros Carnavales celebrados con el nuevo sistema. El acontecimiento había trascendido lo suficiente para figurar como tema de una comparsa en Polaciones, y sus protagonistas se erigían en líderes políticos cuyos nombres escritos a lápiz campeaban en los copudos sombreros. Allí estaban Manuel Azaña, Julián Besteiro, Prieto, Largo Caballero y Campoamor entre otros. Innecesario es afirmar que los autores de tal ocurrencia simpatizaban con los partidos de la izquierda. Dentro del variado programa aquellos personajes se declaraban decididos anticlericales y su canción contenía alusiones, epítetos y frases burlescas que colerizaban a los curas integristas de la comarca asombrados ante tamaña y jamás vista osadía. Las gentes reían la nueva gracia sin pretender ahondar en su intencionalidad y los improvisados representantes del pueblo recibían las consabidas muestas de adhesión ni más ni menos que en un mitin preelectoral.

Terminada la representación, el jefe plegaba el cartel portado con ritual parsimonia, concedía un breve permiso para que los más jóvenes se desfogasen, luego había un breve baile y seguidamente cogían el camino con dirección a otro pueblo donde eran ansiosamente aguardados.

La apoteosis del Carnaval llegaba el martes por la tarde, cuando con las últimas luces del día los «zamarrones» iban retornando a sus aldeas. Por el sendero de El Colado, tal vez con menos bríos que el día de su salida pero sí con los suficientes como para saltar aún sobre sus palos de avellano, corrían vereda abajo los intrépidos mozos camino de la Cotera donde el público enfervorizado los acogía con igual entusiasmo que a unos ansiados libertadores. Los «zamarrones» forasteros, si alguno se había rezagado, se retiraban discretamente, medio desapercibidos, sabiendo que a partir de entonces su permanencia ya dejaba de ser grata en aquel lugar pues así lo establecían las tradiciones carnavalescas. Finalmente, público y «zamarrones», como en una acción de gracias, mezclaban sus voces para cantar la comparsa por última vez; viejos, jóvenes y chiquillos, entonaban las coplas que quedarían incorporadas al cancionero local y que oralmente se transmitirían pues jamás se preocupó nadie de apuntarlas en un trozo de papel.

Al atardecer del martes de Carnaval se tocaban las campanas para escurrir al «Antroido». Apenas extinguidos los últimos ecos de las coplas se iniciaba de súbito un estrépito ensordecedor que surgía de todas las callejuelas cercanas. Los chiquilos de la aldea, ya dueños del Carnaval, se constituían en sus ejecutores o enterradores; provistos de cuantos cencerros pu-

dieran reunir, descolgándolos de los clavos del desván o del cuello de las vacas y yeguas prendidas en el establo, daban una estruendosa despedida al Carnaval. Entonces era de ver cómo los hasta aquel momento temidos zamarrones se volvían de pronto mansos e inofensivos y se retiraban a casa ante los campanos de los chiquillos. Sin oponer ninguna resistencia, roncos y cansados, se iban directamente a sus casas donde las madres se hacían cargo de sus malparados disfraces, y si aún les quedaban arrestos se ataban a la cintura un grueso cencerro y corrían hasta la Cotera para dar la última cencerrada de la fiesta y gritar con voz recia la frase ritual:

¡Afuera el Antroido, que en mi casa no quiero ruido!

A la hora de cenar dejaba de oírse el insistente cencerreo y en el hogar de cada familia se relataban las incidencias de aquellos excepcionales días. La cena del martes de Carnaval solía incluir las exquisitas torrejas fritas con mantequilla y remojadas en vino hervido con azúcar, tras la ensalada de alubias y la tortilla de torreznos y chorizo recién curado. No queremos citar el vacío que ocasionaba este acontecimiento en la despensa. Al día siguiente, todos o casi todos se iban a recibir la ceniza y de esta forma culminaban los Carnavales.

Pedro Madrid Gómez, nuestro excepcional informante a quien se debe, tal como hemos indicado anteriormente, este preciso y detallado relato, concluye diciendo que sus padres y abuelos conocieron estas fiestas de Carnaval tal como aquí se ha pormenorizado. Dichas fiestas se interrumpieron a lo largo de la Guerra Civil y años subsiguientes para reanudarse, tras algunos titubeos, en 1943 con una comparsa salida de Tresabuela. Los últimos «zamarrones» se vieron en el año 1956.

La prohibición a escala nacional que existió en tiempos de la postguerra fue desoída en estos valles (34) y año tras año, la juventud «corrió los Carnavales» aunque, eso sí, siempre bajo el temor a posibles sanciones gubernativas que cualquier incidente pudiera motivar (35). Si se daban bromas o se hacían alusiones más o menos veladas había que reparar mucho en la calidad y talante de sus destinatarios. Era de rigor el incluir en la composición algunos versos conteniendo frases halagüeñas para tal o cual personajillo influyente y aún así de quien menos se esperaba se producían denuncias o amenazas que evidenciaban mezquinas intenciones, ridículo amor propio o patriotismo de tres al cuarto. No puede determinarse hasta qué punto influyeron tales circunstancias para que esta tradición se extinguiera, pues también hay que añadir otras causas como fueron la emigración de los jóvenes y la adopción de nuevas formas de diversión que desviaron la atención popular hacia otros patrones de conducta, aunque ya no colectivos.

- (1) BURQUE et al.: La Historia boy, Avance, Barcelona, 1973. El artículo de A. CASANOVA "Historia y Etnología", pág. 42.
- (2) FONTANA, J.: La Historia, Salvat, Barcelona, 1975, pág. 94.
- (3) LE BOUILL, J.: "El propietario ilustrado o patriarca en la obra de Pereda", en La cuestión agraria en la España Contemporánea, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1976, págs. 311-329. Véase también MARTINEZ VARA, T.: "Introducción" a J. M.: Estado de las Fábricas, Comercio, Industria y Agricultura en las Montañas de Santander (S. XVIII), Estudio, Santander, 1979.
- (4) ORTEGA VALCARCEL, J.: La transformación de un espacio rural: las montañas de Burgos, Valladolid, 1974. Introducción págs. 9-13. Este trabajo excelente en su método, es obligado consultar.
- (5) GARCÍA FERNANDEZ, J.: Organización del espacio económico rural en la España Atlántica, Siglo XXI, Madrid, 1975, pág. 33.
 - (6) GARCIA FERNANDEZ, J.: op. cit., págs, 37-38.
- (7) MAZA SOLANO, T.: Relaciones histórico-geográficas y económicas del Partido de Laredo en el siglo XVIII, I, Santander, 1965, págs. 765-805.
- (8) MADOZ, P.: Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico, XV, Madrid, 1849, pág. 592.
- (9) En una copla recogida por mí en el lugar de Belmonte, se hace referencia a varios puntos vitivinícolas castellanos:

Vino blanco de La Nava, de Becerril y Paredes; había en este lugar, pero no era para ustedes.

- (10) MAZA SOLANO, T.: op. cit., I, págs. 765-805.
- (11) CORDOVA Y OÑA, S.: Cancionero popular de la provincia de Santander, III, Aldus, Santander, 1952, págs. 203 y 201 recoge dos cantos alusivos:

Levántate, morenita, levántate de la cama; no pienses que son ladrones, que es Toribio el de Lombraña,

Levántate, niña, levántate ya; asoma a la puerta, que voy a marchar, que soy serrador y voy a serrar.

(12) Muy generalizada en todo el valle es la siguiente copla;

Que no nieve en Polaciones es una cosa tan rara, como verle a Dios la cara o que el diablo me lleve.

- (13) TORTELLA CASARES, G.: Los origenes del capitalismo en España, Tecnos, Madrid, 1973, págs. 4-5.
- (14) FONTANA, J.: "Para una renovación de la enseñanza de la Historia", Cuadernos de Pedagogía, n.º 11, noviembre, 1975. Véase del mismo autor: Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX. Ariel, Barcelona, 1973, págs. 97-147. Sería demasiado larga la lista de escritores que han analizado estos problemas; es verdad que queda mucho terreno por andar, pero el camino recorrido no permite dudar de las anteriores aseveraciones. Por citar algunos nombres, seña-

- lemos a LACOMBA, MARTINEZ CUADRADO, P. VILAR, NADAL y antes el gran historiador VICENS VIVES.
 - (15) MADOZ, P.; op. cit., XV, pág. 592.
 - (16) LE BOUILLE, J.: op. cit., págs. 311-329.
- (17) FERNANDEZ CORDERO Y AZORIN, C.: La sociedad española del siglo XIX en la obra liseraria de Pereda, Inst. Cult. Cant., Santander, 1970, págs. 61-65.
- (18) GAYE, A.: Santander y su provincia, Santander, 1903, pág. 490.
- (19) GARCIA FERNANDEZ, J.: op. cit. Puede verse un excelente estudio de estas transformaciones pág. 44 y ss. Aunque esta zona presenta grandes similitudes también con las Montañas de Burgos. Véase ORTEGA VALCARCEL, J.: op. cit.
- (20) FERNANDEZ CORDERO Y AZORIN, C.: op. cit., págs. 169-174.
- (21) CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORROS: Situación actual y perspectivas del desarrollo de Santander, I, Madrid, 1972, pág. 105.
 - (22) Ibid., III, pág. 69.
- (23) Pedro Madrid Gómez tiene 61 años de edad. Natural de Tresabuela y vecino de Carraceda de Santa Eulalia. Vivió los Carnavales que se celebraron en los años anteriores a la Guerra Civil: 1932, 33, 34, 35, 36 y los posteriores, de 1943 a 1956 que se extinguieron totalmente. Es un testigo excepcional de todo lo que se refiere a la vida y cultura del valle de Polaciones; a petición mía y como complemento a sus informaciones realizó los interesantes dibujos que ilustran este trabajo y datan del invierno de 1976.
- (24) Otra descripción del atuendo pormenorizada se encuentra en COTERA, G.: Trajes populares de Cantabria. Siglo XIX, Inst. Cult. Cant., Santander, 1982, págs. 202-204.
- (25) CHRISTIAN Jr., W. A.: "Trovas y comparsas del Alto Nansa", Publicaciones del Instituto de Etnografia y Folklore "Hoyos Sainz", IV, Santander, 1972, págs. 410-411.
- (26) La "tonada" de la comparsa se procuraba que fuese inédita en el valle, aprendida quizás en alguna tierra foránea. Nadie la cantaba hasta aquel día pero luego pasaba a ser del dominio de la chiquillería que la repetía durante toda la Cuaresma a escondidas del cura, el maestro y los padres.
- (27). GOMARIN GUIRADO, F.: "Una historia de lobos y ovejas", El Diario Montañés (26 de octubre de 1974), pág. 17. Artículo reproducido posteriormente por CHRISTIAN, W. A.: "Suplemento a trovas y comparsas del Alto Nansa", Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore "Hoyos Sainz", VI, 1975, págs. 165-166. Véase también GOMARIN GUIRADO, F.: "Un romance con fondo de fábula", XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses, III, Inst. Cult. Cant., Santander, 1976, págs. 535-538.
 - (28) El oso de Tresabuela, utilizaba de garras unas cardas.
- (29) Sin remontarnos a un pasado muy lejano, en el etoño de 1975 el lobo había hecho acto de presencia de manera alarmante en los montes pertenecientes a la mancomunidad de pastos Campoo-Cabuérniga. Véase GOMARIN GUIRADO, F. y SANJUAN JIMENEZ, J. R.: "La lucha contra el lobo", El Diario Montañés (26 de octubre de 1975), pág. 32; y GOMARIN GUIRADO, F.: "El lobo sigue", El Diario Montañés (9 de noviembre de 1975), pág. 32.
- (30) La trova del lobo (ue recogida a Francisco Robledo Torre, de 61 años, natural de Cotillos y vecino de Santa Eulalia, el 12 de noviembre de 1977.
- (31) GOMARIN GUIRADO, F.: Una composición poético-popular de tema erótico y animalesco en el valle de Polaciones (Santander), Ayuntamiento de Cabezón de la Sal, Santander, 1977, págs. 9-18.

(32) En versión de Pedro Madrid Gómez:

Y tuvo que intervenir hasta la misma justicia que ordenó que le caparan y hubo de hacerlo a cuchilla.

(33) Este era el estribillo que servía de introducción y que se repetía cada tres o cuatro estrofas. El contenido de la "comparsa" no era agresivo ni vejatorio para ningún vecino, sino

pleno en incidencias eróticas basadas en hechos reales protagonizados por un jumento y que hacían prorrumpir en carcajadas estruendosas a los espectadores.

- (34) Véase la nota 23.
- (35) En Cantabria, como en el resto de España, las fiestas de Carnaval se suprimieron por decreto en 1939; por eso es muy interesante observar que en Polaciones continuaron al margen de toda prohibición de la Iglesia y del Estado.



DANZAS DE CASAREJOS

I

Tengo una viña en Cantalapiedra; tengo la mala, tengo la buena pa podar, pellizcar y andar.

II

Santa Marta en Fombellida; en Amusco, San Millán. Trinidad en Villafuerte, y en Castroverde, San Juan.

III

Aquel caballero, madre, que de mí se enamoró, habiéndole dado el sí cómo le diré que no.

IV

Picome la zarza en el sombrero; picome, tirome, echome al suelo, y no tantó si pica la zarza en tan alto.

V

Zapatero, hazme unas botas, boto, basán, que las he de menester; la medida me dejé en casa, entre la Pepa y el tío Miguel.

VI

Gaspar y Baltasar, tres reyes con Melchor y Martín y Antón, zapatero mandanguero, albañil y zarragón, y Martín y Antón. VII
Pa la casa, mi vida;
pa la casa, mi bien.
La noche se va
y el día también.

VIII
Si la Virgen de Gracia
y San Ildefonso,
capellán de María.
Santo Glorioso,
no es todo hilar y devanar.
Maridiña,
no es todo hilar y devanar
y aspar.

IX
Cuál es la venada
que por la montiña va
de la más morenita;
cuál es la venada
que por la montiña va
de la más morená.

X
Cantaba Leonor
al señor San Gil
la iglesia es pequeña,
y aunque la retenéis el honor
como redoblais y redoblais
el amor.

XI
Soy de Milán,
estoy en Tavanera,
desposada en Cobos,
casada en Royuela,
muerta en Espinosa,
enterrada en Villazuela;
lloran en Madrid,
óyense las voces en Valladolid.

XII
Aquel fraile, aquél,
el de las mangas anchas,
no quiere dormir
si no es con las damas
de Valladolid.

Estas danzas de Casarejos son muy similares a las que se hacen en San Leonardo y Hontoria del Pinar, aunque en este último lugar ya se han perdido, estando enterado de que la 12 de Casarejos también se bailó en Hontoria del Pinar (Burgos), colindante a estas localidades de los pinares sorianos. Recogió: José M.ª Martínez Laseca.

NOTAS.—En contra de lo que se dice, la danza n.º 12 no se hace en la iglesia, no porque no lo dejen las autoridades eclesiásticas, sino porque se perdió el paloteo de la danza. Se intentó buscarlo pero fue imposible. Se puede dar por perdido definitivamente.

